

universocentro

Número 129 - Junio de 2022 - Distribución gratuita

Cualquier cosa, menos quietos

www.universocentro.com.co



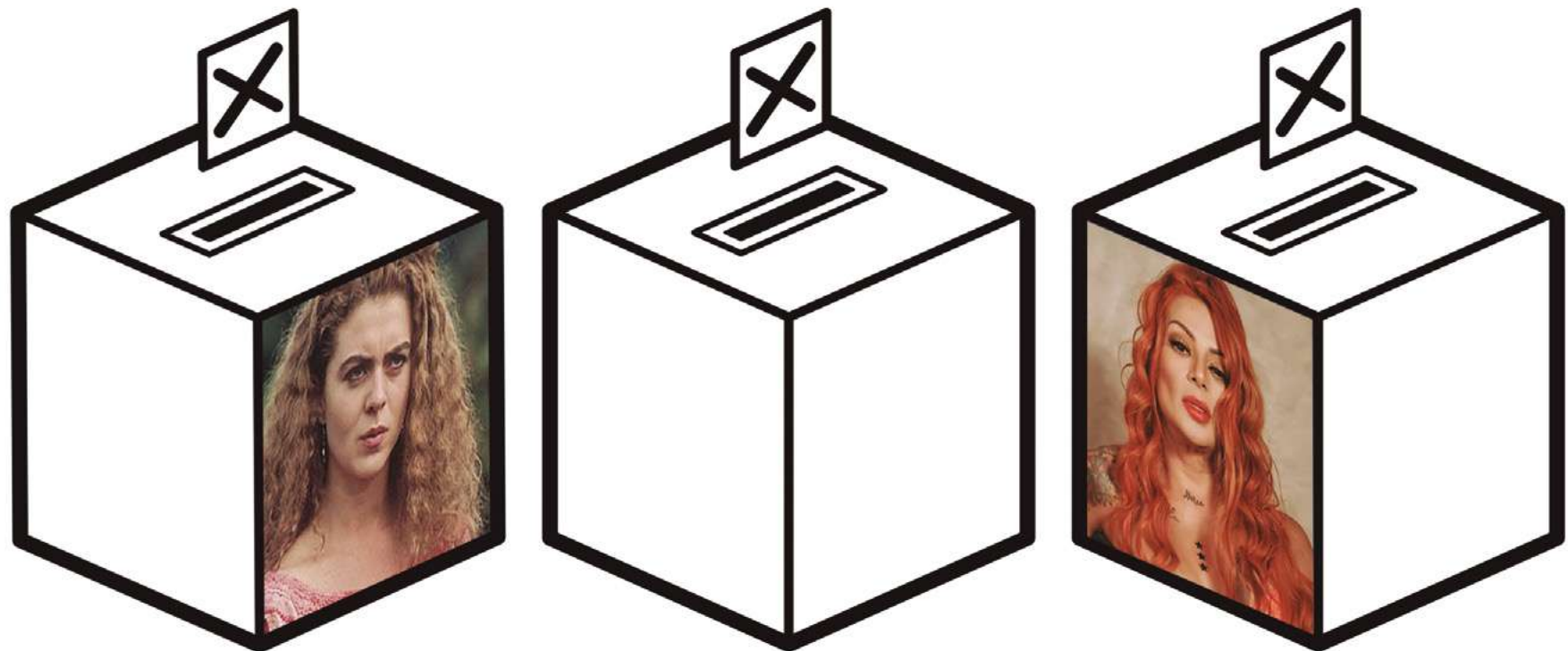
Match presidencial

1. ¿Está usted de acuerdo con el porte de armas exclusivamente para mayores de 95 años?
2. ¿Las alocuciones presidenciales deben durar al menos 45 minutos para que sean pedagógicas e inspiren al hombre nuevo?
3. ¿Ha leído usted el poema de León de Greiff titulado No han visto el mar mis ojos?
4. ¿Estaría dispuesto a comprar un litro de leche por diez mil pesos?
5. ¿Le gusta el Estado como jibaro oficial con “matrícula cero” para moño, roca y pepas?
6. ¿Está usted convencido de que los molinos de viento, el aguacate maduro y los mochileros podrán reemplazar la producción de petróleo en Colombia?
7. ¿Elegiría el trabajo bien remunerado de sus hijos por encima del cumplimiento de la ley?
8. ¿Según sus gustos el tren entre Barranquilla y Tumaco debería ser subterráneo?
9. ¿Juraría que Ingrid Betancourt fue escuchada por la Virgen santísima?
10. ¿Es compatible el arte de vivir sabroso con el ceño fruncido y la risa fingida?
11. ¿Marbelle le canta al oído sus opiniones políticas?
12. ¿Margarita Rosa de Francisco es su faro ideológico?
13. ¿Prefiere una cárcel en el Vichada que una tumba en la Gorgona?
14. ¿Está de acuerdo con la idea según la cual se escribe “ciudad” pero se pronuncia “ciudad”?
15. ¿Es el ridículo una gran estrategia política?
16. ¿El “perdón social” es una teoría de Jacques Derrida que se quería enseñar en las cárceles para la rebaja de penas?
17. ¿Apoya usted una transición desde “le doy en la cara, marica” hacia “le pego su tiro, malparido”?
18. ¿Le gusta que su candidato salga tambaleante a la tarima para hacer sus discursos más cortos y chispeantes?
19. ¿Apoya usted el uso obligatorio del tapabocas como estrategia de bioseguridad para los candidatos la semana previa a las elecciones presidenciales?
20. ¿Cree usted en la versión según la cual Piedad Córdoba trabaja como despachadora en Súper Giros?
21. ¿Está inseguro sobre si es este el momento de definiciones y se le quedó la mente en blanco hasta el 2026?

Si contestó afirmativamente más preguntas impares que preguntas pares: usted tiene una tendencia algo pendenciera y una inclinación a la derecha del espectro político. Su respeto está más enfocado en los ancianos que en los ancestros. Le gustan los mensajes claros y los golpes... de opinión. Tiene gran arraigo familiar y ha construido una gran admiración por los patriarcas de pelo en pecho. Muy seguramente votó No al plebiscito por la paz y si su candidato gana el 19 de junio gritará tas, tas, tas.

Si contestó afirmativamente más preguntas pares que impares: usted se considera un “nadie” con el poder de cambiar el mundo para volver a empezar. Siempre ha sentido que está parado en el lado correcto de la historia y es un candidato cuando escucha hablar a su candidato. Se ha despertado en las noches gritando “soberanía alimentaria” y “transición energética”. Cuando marca el tarjetón siente que está en medio de un acto histórico. Odia la televisión colombiana pero ama a los actores que eligen igual que usted.

Bonus: si respondió afirmativamente a la última pregunta usted respeta tanto sus principios que ha llegado a su final. ☺



DIRECCIÓN GENERAL Y FOTOGRAFÍA

— Juan Fernando Ospina

EDICIÓN

— Pascual Gaviria

ASISTENCIA EDITORIAL

— Santiago Rodas

COMITÉ EDITORIAL

— Fernando Mora Meléndez

— David Eufasio Guzmán

— Andrés Delgado

— María Isabel Naranjo

— Andrea Aldana

— Juan Fernando Ramírez

— Simón Murillo

— Estefanía Carvajal

ASISTENCIA EJECUTIVA

— Sandra Barrientos

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

— Manuela García

CORRECCIÓN DE TEXTOS

— Gloria Estrada

Es una publicación mensual de la Corporación Universo Centro

Distribución gratuita

Número 129 - Junio 2022

Versión impresa



universo
centro

universocentro.com.co

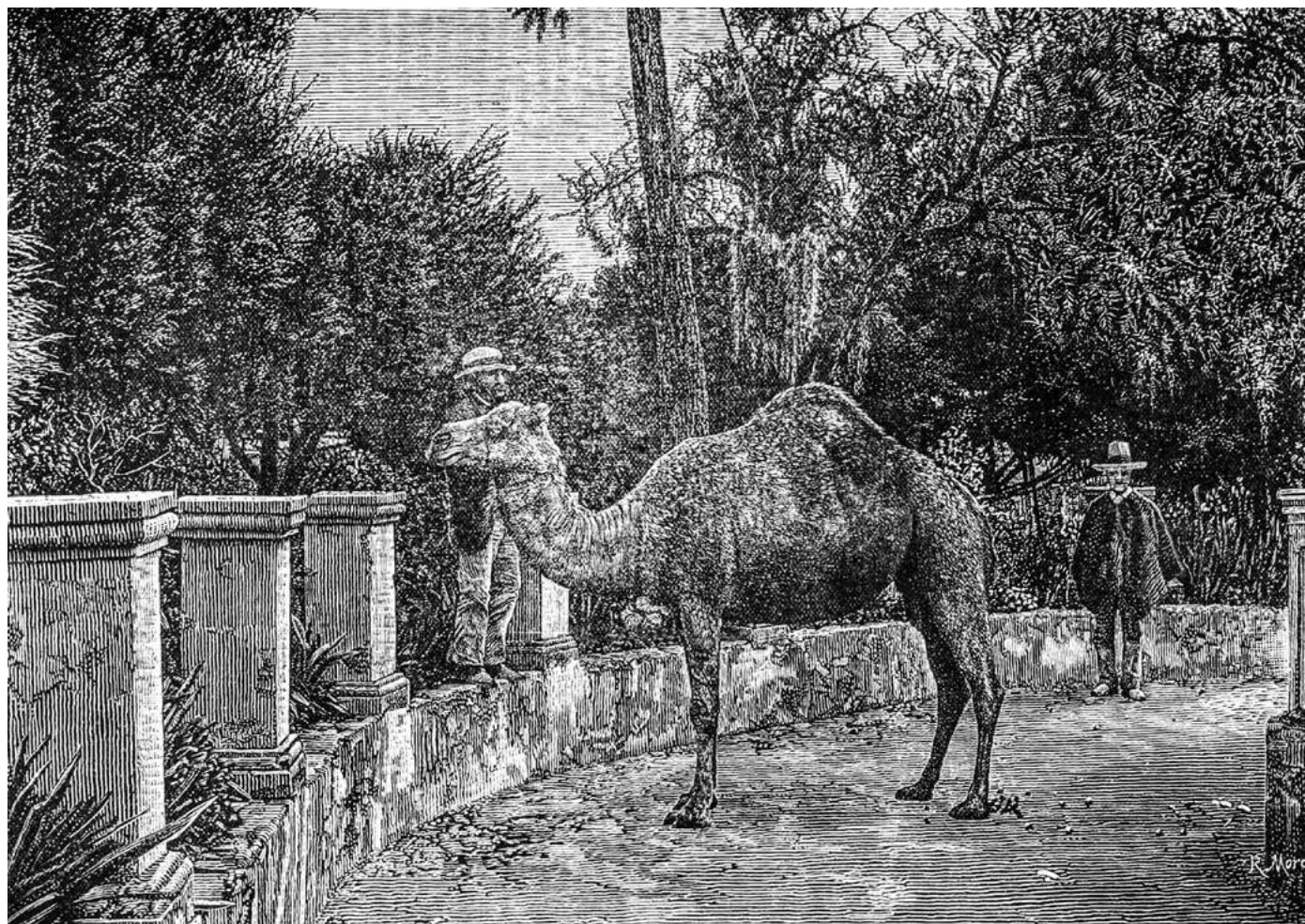
universocentro@universocentro.com

A finales del siglo XIX un caballero preocupado por el progreso tuvo la extravagante idea de aclimatar una pareja de camellos y otra de dromedarios en las tierras templadas cercanas a Bogotá. ¿Por qué no cambiar el corcoveo de las mulas por el paso lánguido y seguro de los camélidos? El experimento terminó con tragedias shakespereanas: venenos, abismos, nostalgias. Les dejamos la historia, publicada en el *Papel Periódico Ilustrado*, del precursor de otro caballero en el siglo XX, exitoso con hipopotámidos en las sabanas del Magdalena.

El camello y el dromedario

Tomado de *Papel Periódico Ilustrado*, 1 de julio de 1885.

por LIBERIO ZERDA



El señor D. Pedro Navas Azuero, hombre amante del progreso de su país, quiso aclimatar en él los camellos y dromedarios; á este efecto, hizo venir de la isla de Madagascar una pareja de cada una de estas dos especies, que llegaron á Bogotá en 1881, y causaron un costo de \$6.000. El Gobierno nacional de entonces ofreció un auxilio de \$2.000 como premio en la Exposición Agrícola por la introducción de estos animales; pero el empresario solamente pudo reembolsar unos \$1.500 por derechos de entrada en la exhibición en que los puso. Fueron enviados después á Anapoima, en donde la falta de trato con sus antiguos y naturales dueños, y, sobre todo, del cuidado que exigían sus costumbres, debió de causarles alguna flojedad y tristeza en su nueva vida, y uno de ellos enfermó y se murió, otro corrió la misma suerte, mordido por una culebra; el macho de esta pareja se precipitó por un barranco en busca de su compañera; y queda únicamente la hembra del dromedario, que la representa el grabado adjunto tomado de una fotografía.

El camello y el dromedario son animales del género de los *rumiantes sin cuernos*, es decir, que tienen la facultad de devolver los alimentos a la boca después de haberlos engullido por primera

vez, para masticarlos de nuevo. Aunque de talla colosal, y oriundos del antiguo continente, tienen caracteres análogos á los del género *Llama*, del Perú, por eso el profesor Gervais ha reunido esos dos géneros en una sola familia, con el nombre de *Camélidos*. Dice Cuvier de los camellos: “Sus labios gruesos, su cuello largo, sus órbitas salientes, la delgadez de su grupa, la proporción desagradable de sus piernas y sus pies, hacen algún tanto deformes a estos seres; pero su extrema sobriedad, y la facultad que tienen de pasar muchos días sin beber, los hacen de grande utilidad; tienen para este efecto los lados de la panza provistos de células en las que se retiene o se produce el agua”.

Se conocen dos especies de este género, reducidas á la domesticidad desde hace mucho tiempo. El *Camello Batriano*, ó simplemente *camello*, originario del centro del Asia; es más grande que la segunda especie ó dromedario; tiene piernas más largas, el hocio más grueso y abultado, el pelo más pardo, la marcha más lenta; su cuello largo es arqueado hacia abajo, la cabeza es pequeña, y el dorso cargado de dos jorobas formadas por la acumulación de grasa; se hace notable por una ancha callosidad debajo del pecho; la hembra dura cargada doce meses. Esta especie habita el Turquestán, el Thibet, las fronteras

de la China; se le emplea como bestia de carga, y su paso es más seguro que el del dromedario.

El camello de Arabia es el llamado dromedario; lo caracteriza una sola joroba en la mitad del dorso, como el del grabado adjunto. De la Arabia se ha esparcido en todo el norte de África, en una gran parte de la Siria y en la Persia, y en otros países; es mucho más sobrio y más ligero que el anterior; su pelo es suave y lanoso, y de blanco-gris en la juventud se vuelve con la edad gris-rosado; es de talla menor que la del camello, mide 1 m 70 á 2 m 30. Sin el auxilio del dromedario los Árabes no podrían subsistir, pues con él hacen su comercio y largos viajes a través de arenales desiertos; por eso lo miran como un presente del cielo.

Como bestia de carga puede llevar de 400 á 600 kilogramos, y andar 10 á 12 leguas en el día; y transportando al hombre recorre distancias de 40 á 50 leguas por día. Los dromedarios cargados pueden marchar así de 10 a 12 días continuados; reposan solamente por la tarde; entonces se les quita la carga y se les deja pastar miserables plantas que el desierto les ofrece en sus oasis, tal y son el ajeno, la ortiga, el esparto y otros vegetales espinosos, de los que toman la cantidad suficiente para 24 horas. El instinto de este animal es prodigioso,

pues pasándose de siete u ocho días sin beber, siente a grandes distancias las emanaciones húmedas de las fuentes lejanas, y corre hacia ellas si le son accesibles. En los desiertos del Sahara hay localidades peligrosas para el viajero, por ser el suelo movedizo, y la vacilación ó detención lo sepultarían en sus arenas incoherentes; pero el dromedario conoce el peligro, y para evitarlo, no solamente acelera la marcha, sino que separan los diferentes individuos de la caravana para disminuir el peso sobre la superficie limitada.

No se limitan á esto los servicios de este importante animal: la leche de la hembra es alimento ordinario, y su pelo suave y muelle sirve para hacer telas con que se cubren sus dueños.

La marcha sostenida y la carrera de los dromedarios ha prestado grandes servicios: en la campaña de Egipto, en la conquista de Argel, por los franceses, el General en Jefe montó con estos animales un Regimiento que fue llamado *Regimiento de los Dromedarios*. Después se les ha empleado para los carros y transportes. El General Carbuca publicó un excelente tratado sobre el servicio de los dromedarios, y reconoce dos razas de ellos: una de formas macizas, empleada principalmente como bestia de carga; y otra de formas esbeltas, que son los *Marhi* ó *Mehari*, propios para las grandes carreras.

En la parte media del Shara habitan los *Touarikis*, pueblo nómade de hombres vigorosos, ágiles é intrépidos, pero ladrones; asaltan las caravanas, y los viajeros se ven en la necesidad de comprarles su protección.

Estas tribus hacen prodigios en su temible oficio, en los grandes desiertos, debidos al dromedario, dócil y astuto servidor. “Los feroces padres del sable, dice Mornan, montados en el maravilloso Mehari, franquean en un día distancias enormes, y se ponen por saltos, que no se podrían comparar mejor que los del tigre, sobre la caravana que han presentido de lejos con un olfato verdaderamente prestigioso, y siguiendo frecuentemente la pista”.

El insuceso de la tentativa del señor Navas Azuero, no es una demostración suficiente en contra de la posibilidad de aclimatación del camello y dromedario en nuestras regiones; pues en ellas encuentran, principalmente en el Cauca, en el Tolima y en las llanuras de Casanare, las condiciones de clima y de alimentación suficientes; les faltó á estos animales, según nuestro modo de ver este asunto, el régimen y los cuidados que les prodigan los Árabes: la voz y la presencia del amo que han conocido, influye en mucho en animales inteligentes, privados repentinamente del trato del hombre con quien han vivido y el régimen que les es natural.

Las especies del género *Llama*, dice Cuvier, tienen una semejanza general en su conformación con los camellos, sin la fisonomía indolente y estúpida de estos. Su porte y sus orejas largas, angostas y muy móviles, anuncian vivacidad en estos animales.

Las *Llamas*, que son en el Perú lo que los camellos para el antiguo continente, son de talla mucho más reducida, y no tienen joroba: se parecen en su apostura y en lo largo del cuello. Las principales especies de este género son: el *Llama*, el *Vicuña*, la *Alpaca*, y el *Guanaco*; además de servir como bestias de carga, dan una lana muy fina, con la que se hacen muy buenas telas; tal vez no sería difícil su aclimatación en las altas regiones colombianas, pues viven en las llanuras de los Andes del Ecuador, del Perú, de Bolivia y de Chile, en alturas de 3.000 á 3.500 metros: resisten cargas de 40 á 70 kilogramos, y caminan de 75 á 80 kilómetros por día; el *Llama* adulto pesa 200 kilogramos, y además de su lana da excelente carne. ☺

EL FIN TENDRÁ NOMBRE

por SANTIAGO RODAS
• Fotografías de Juan Fernando Ospina

Esos ojitos negros, que me miraban.
Esa mirada extraña, que me turbaba
El Gran Combo de Puerto Rico

El ojo que ves no es ojo porque tú lo veas; es ojo porque te ve.
Antonio Machado

Algún día no muy lejano el valle del Aburrá estará cubierto por un manto compacto y vegetal, verdoso en sus tallos y de fluorescencia anaranjada, fulgurosa, con núcleos negruzcos y chiclosos en el interior de cada flor madura. No habrá edificio que no esté forrado por el velo ni árbol ni calle ni iglesia ni tienda ni placa deportiva. Será inevitable su propagación natural sobre las ruinas y los escombros. Y será hermoso el resplandor naranja que rebotará por todas partes con sus chispas a manera de pétalos y también será siniestro pues no habrá nadie para contemplar su triunfo sobre todas las cosas, su reino monocultivado y hambriento. Un silencio terrible amasará esta ciudad y solo se escuchará la lenta propagación de las esporas de la planta mientras rasgan el aire límpido, arañando cualquier espacio nuevo para su arado. Los ojos negros de su cuerpo desproporcionado mirarán con suficiencia atávica lo que queda, pues será poco lo que le falte por colonizar.

El fin tendrá nombre: Ojo de poeta. Y podremos afirmar, también, que estaremos ante el último estertor de la historia; no habrá futuro ni presente ni pasado pues cuando esto suceda las demás plantas, la mayoría de animales y humanos no existirán más, quizá solo algunos insectos que se alimentarán de la savia dentro de sus flores puedan mantenerse con vida, dependiendo enteramente del lecho de la *Thunbergia alata*. El viejo Dios habrá muerto otra vez y lo reemplazará una planta verde anaranjada que deshilachará el tiempo. Tan solo quedará su cuerpo soberano anegando cada metro cuadrado de lo que alguna vez fue la vida humana en

estas calles vanidosas. La imagen de la fronda es hermosa y terrorífica: un ejército de ojos floridos que vigilan el vacío entre las ruinas. El fin de los tiempos tendrá su esplendor: este valle vestido de dos colores. Y después de tantos riesgos por fin reinará la paz, el silencio vegetal y la belleza.

Ahora mismo, en el 2022, la planta espera pacientemente entre los pliegues de las montañas y se reproduce por los bosques nativos de todas las laderas con sus diferentes estrategias, los va ahogando, carcomiendo, los devora palmo a palmo con su podredumbre grácil, con su encanto, hasta reemplazarlos con sus tintes chispeantes e hipnóticos. Un matute inevitable. Su conciencia es darwiniana: el más fuerte sobrevive. Cada uno de sus brazos musculados se extiende sobre los postes de la luz, las paredes de las casas, árboles y plantas sin distinción, los seres vivos son su alimento, toda la materia es soporte para su dispersión.

La *Thunbergia alata* llegó desde el este de África a las Indias Occidentales a mediados del siglo XIX, sus primeros registros están consignados en colecciones de herbarios en Martinica en 1870 y un año después está registrada en República Dominicana, para 1874 ya estaba depositada en el Herbario Nacional de Trinidad. Hacia 1876 se le consideraba una planta con fines ornamentales asentada en el territorio. Con tan solo seis años de estancia la plaga de Susanita de ojos negros se volvió parte del paisaje caribeño. Posteriormente, con la premisa probada de su resistencia al clima de América, su fácil adaptación a los diferentes pisos térmicos por arriba de los mil metros sobre el nivel del mar y su belleza exuberante que

atrajo fácilmente la mirada para decorar toda clase de construcciones, comenzó su onda expansiva a lo largo del continente. Se calcula que promediando el año 1900 la planta trepadora dejó de necesitar al humano y empezó su reproducción de manera espontánea, independizó su marcha ocular y se reguló bajo sus propias leyes para aumentar el caudal de sus flores; se sabe que no tiene depredadores naturales en la región y por lo tanto, tampoco límites. Un dios oscuro, radiante y famélico es el Ojo de poeta, sin necesidad de las oraciones de devotos y feligreses.

No se sabe con certeza cuándo la planta descendió hacia el sur, desde el Caribe hasta la Cordillera de los Andes, y se aferró con su fuerza trepadora a los suelos colombianos. No obstante, el médico Manuel Uribe Ángel da pistas para pensar que el Ojo de poeta llegó a las breñas antioqueñas, como queda consignado en el compendio de Geografía general del Estado de Antioquia en Colombia, en 1885, con el nombre “La colombiana”, y desde ese momento está incluida en las descripciones sobre la flora del departamento de Antioquia.

Como se escribe en el libro *Historia, vida y poderes de una especie invasora*, editado por Mario Alberto Quijano Abril, “acorde a los registros del Herbario Nacional Colombiano, el primer individuo de *T. alata* para nuestro país, corresponden a un ejemplar herborizado en 1939 por Enrique Pérez Arbeláez y José Cuatrecasas en alrededores de La Vega, Cundinamarca (Baptiste et al., 2010), y para el caso de Antioquia se tenía un registro en 1940 por parte de Lorenzo Uribe Uribe”. Con ochenta años del primer registro de la especie ahora mismo es bastante difícil salir a una ladera y no

toparse con las flores desparramadas por rejas, árboles, construcciones abandonadas, sus ojos están ahí, veedores de su propia persistencia, oteando cualquier movimiento, desplazándose a pasos lentos y seguros e inevitables.

Su fuerza reside en que tiene una capacidad de reproducción temible y que una vez la planta está asida en determinado lugar es casi imposible erradicarla. Se ha demostrado que sobrevive a los incendios, a los venenos, a la erradicación manual, a otras especies monocultivadas. Su persistencia y reproductibilidad demuestran que es una de las plantas más fuertes del ecosistema y crece sin control, sin que ni el humano pueda detenerla con facilidad. En un metro cuadrado puede arrojar más de mil semillas, que germinan en uno o dos días, y cuando sus vainas explotan como catapultas pueden diseminarse hasta una distancia de once metros. Con esta profusión excesiva, barroca, se garantiza el mantenimiento de su vida en constante expansión.

Otra de sus estrategias de éxito consiste en que nunca detiene su floración y, por lo tanto, no se detiene su fecundidad. Los insectos que se alimentan de ella la diseminan en diferentes lugares de la montaña. Su belleza es la condena y el precio que se paga por la cercanía con lo sublime, con algo que se salió de nuestras manos y que posiblemente nos sobreviva. El ornamento que deseamos para decorar los jardines en Antioquia terminará por abrazar lo que se interponga a su paso, hasta matarlo. El Ojo de poeta se asemeja bastante a un pacto con el diablo: nos entrega el tesoro deslumbrante de su belleza en jardines y cercos vegetales y sin darnos cuenta, de manera silenciosa, como le gustan

las cosas. Al-que-no-tiene-nombre, pagamos con la vida.

En mis viajes en bicicleta siempre encuentro especímenes de la *Thunbergia alata* en cualquier parte, al borde de la carretera o bien metida en el corazón de algún bosque, no importa si es en el oriente, en el occidente, en el sur o en el norte del valle. Se encuentra en El Escobero, en El Chuscal, en Santa Elena, en Las Palmas. No hay manera de eludirla. Todas las montañas de este valle están anegadas de su presencia.

Para escribir este texto me quedé contemplando por largos ratos las formas de sus tallos, la estructura dentada de sus hojas, el color intenso de sus flores y su misterioso núcleo oscuro. Pensé bastante en las razones para que se decidiera nombrarla Ojo de poeta, quizá haya una correlación en la pulsión de muerte que habita la poesía, pues, de algún modo, esta planta, igual que la poesía, conduce, después del deslumbramiento de la belleza, irremediablemente hacia la muerte. Quizá estoy exagerando por el influjo del resplandor naranja de sus ojos negros. O quizá, como quienes la trajeron a América, estoy bajo el diseño de sus encantos monstruosos, igual que los personajes del cuento *La llamada de Cthulhu* de Lovecraft, a un paso de la conquista silenciosa de una extraña locura producida por la *T. alata*. Tal vez los susurros del Ojo de poeta son lo que, con su lenguaje secreto, nos tenga embrujados hasta que perdamos, definitivamente, la cabeza y le dejemos, por fin, el espacio para su estancia definitiva.

Agarré un esqueje de la planta que tenía unas cuantas hojas y una flor abierta, sentí su dureza, sus tricomas casi transparentes y ásperos, la metí

en mi bolsillo y me la llevé a casa. Pensé que la podría sembrar para observar su crecimiento y su reproducción en una escala controlada, pero llegó aporreada y se secó rápidamente. La flor se arrugó hasta casi desaparecer y sus hojas se encogieron. Murió bastante rápido y me impactó su fragilidad después de estudiar sus temibles poderes por semanas. La enterré al día siguiente en una de las macetas del balcón. Unos días después vi un pequeño brote, su muerte era pura apariencia, un capullo verde crecía justo donde la enterré, ahí estaba confirmada su reproductibilidad. Su existencia zombi me estremeció, su fuerza probada por la ciencia ahora crecía indefectiblemente en mi casa. Y tuve miedo, no sabía si arrancarla de una buena vez y deshacerme de ella o esperar unos días para ver si se consumía la planta de la misma manera, después las matas vecinas sembradas en el balcón y después las de la casa entera. No hice nada y ahora espero para ver si logra brotar su primera flor.

A casi un siglo de su llegada, el Ojo de poeta, con una conciencia de sí, va ahogando lentamente la vegetación que se interpone en su camino, construye una arquitectura que le impide el alimento a cualquier otra especie vegetal siempre inferior, siempre más débil, taponas sus fuentes de luz solar para luego devoraras. Cuando la especie humana llegue a su fin, la *Thunbergia alata* será su remplazo y cubrirá con su veta perenne lo que alguna vez hicimos como especie. Un remplazo equivalente, chan con chan, un naranja espeluznante colmado de núcleos negros será el síntoma de nuestra liquidación en esta tierra. Solo falta tiempo en las laderas, en las calles, en la materia de mi balcón para que su atractiva hipnosis dé el paso definitivo.©



Memorias de lo que pudo ser y no fue. Los primeros cien días de los gobiernos en otras líneas temporales e imposibles, claro está, sin proselitismo alguno para esta dimensión y las otras.

CIEN DÍAS

Ilustraciones de Mónica Betancourt

Salve Regina

por SERGIO VALENCIA

A los cien días de que por primera vez en la esquelética historia de nuestra república muscule al mando una mujer, a la recién elegida presidenta Regina Betancourt de Liska se le ve relajada debajo de la tricolor pirámide de cuarzo desde la que despacha, con su hechicera escoba como cetro y luciendo en lo alto de su diadema el pétreo tercer ojo con el que, según los más expertos analistas derrotados, hipnotizó a los millones de ciudadanos que la coronaron.

“Mamá Regina está tranquila porque a ella la protegen las fuerzas del más allá y las del más acá, nosotras las brujas menores”, explica Aurora, de 22 años, cabeza del nuevo Ministerio de la Metapolítica, reconocida tarotista de Ambalema y cerebro de la innovadora red social que mediante la telepatía multiplicó los mensajes de campaña, la misma que a diario conecta a la presidenta con sus seguidores en el programa *Adivinen qué*.

Pero no todos en Colombia están tranquilos. A muchas personas les preocupa que La Bruja Mayor logre “hipnotizar” también a los congresistas para que le aprueben la construcción del tren levitador que uniría a La Guajira con Tumaco por los aires, la amnistía a los parasicólogos y el reconocimiento de los espíritus como seres sintientes. Así como ha puesto con los pelos de punta al mundo entero al declarar que no perseguirá más al narcotraficante Pablo Escobar: “Él va a caer solito, en una visión que tuve un ángel me reveló que su popularidad ya casi toca techo”.

Ya veremos si Regina 11 cumple el mandato de convocar para 1991 la Asamblea Constituyente, o si preferirá aguantarse el sermón de una de sus más enconadas promotoras, la joven Claudia López. Por lo pronto ya ha sido señalada por quien se creía heredero del poder, el candidato perdedor César Gaviria: “Vea, no ha hecho nada. Cometieron el error de elegirla porque dizque adivina el porvenir... Pues ¡bienvenidos al futuro!”.



Premier Ministre

por PASCUAL GAVIRIA

Íngrid Betancourt comenzó su campaña a la presidencia del 2002 con un beso apasionado al libertador de la nación, a su estatua más distinguida en la Plaza de Bolívar en Bogotá. De algún modo es la primera presidente bolivariana de la nación, por lo que ha sido señalada y criticada por una supuesta cercanía con Hugo Chávez. Álvaro Uribe, a quien venció en una reñida segunda vuelta, señaló su cercanía con exmiembros del M-19 y sus visitas famosas a los Rodríguez Orejuela a mediados de los noventa. La presidente respondió con una primera visita de Estado al presidente venezolano Hugo Chávez.

Ahora ha cumplido cien días en el Palacio de Nariño y su lema ha quedado claro: disocia y reinarás. Han comenzado las rencillas entre la guardia presidencial y los escoltas de Presidencia, los dos congresistas de su bancada no se hablan, sus enemigos liberales ahora la apoyan y los conservadores no se han atrevido a acercarse. El gobierno francés por su parte se ha declarado neutral. Hasta las Farc han dejado ver algunas grietas en su estructura en el sur del país luego de las dos semanas que estuvo Ingrid secuestrada tras su viaje al Caguán. La presidenta ha dicho que le dará un poco más de Oxígeno a la negociación con la guerrilla de las Farc y ha ofrecido un nuevo despeje con la condición de que Marulanda y Carlos Alonso Lucio se reúnan en el Parque de la 93.

En un hecho sin precedentes entregó la doble nacionalidad al embajador de Francia y le ofreció la cancillería colombiana. Una tutela impidió la posesión del diplomático. Analistas ven con buenos ojos el nombramiento del empresario bumangués Rodolfo Hernández como ministro de Gobierno, así se puede equilibrar un poco el temperamento pendenciero de la presidenta, sobre todo luego de que una cámara la oyera decir, “le doy en la cara marica” a un congresista que se oponía a su referendo anticorrupción.



Tranquilombia

por JAVIER MEJÍA

El exrepresentante a la Cámara Pablo Escobar Gaviria cumple cien días como presidente de Colombia. Con un programa de gobierno de corte popular, Escobar logró la simpatía necesaria para ganarse el corazón de los colombianos con frases pegajosas y contundentes, como “Vote por Pablo o negociamos con la viuda” o “Preferimos una tumba en Colombia que una presidencia de Barco”.

Pablo Escobar asumió el cargo el pasado 7 de agosto desde la Hacienda Nápoles, nueva residencia oficial y principal sede de trabajo del gobierno. El primer consejo de ministros se realizó allí y se destacó por su duración, tres días con sus noches, y la presencia del cantante vallenato Diomedes Díaz, varios grupos de mariachis y la gran Claudia de Colombia. Algunos vecinos aseguran que se oyeron disparos, pero es difícil confirmarlo por la cantidad de pólvora y el volumen de la música.

Este comportamiento generó incertidumbre en algunos sectores, pero el joven senador Álvaro Uribe ha hecho un llamado a la calma y ha asegurado que: “Pablo representa el cambio: su gobierno tendrá mano firme y corazón grande”.

De otro lado, las voces de la oposición, desde el exilio, han redactado una carta en la que han denunciado la organización criminal que estaría tras Escobar, pero las autoridades han desestimado el tema; el ministro de Gobierno, Alberto Santofimio, aseguró vehemente: “La verdad triunfa sobre sí misma, la mentira necesita siempre la complicidad”. Asimismo, el consigliere de la hacienda, José Obdulio Gaviria, aseguró de manera sibilina: “Colombianos, si se portan bien, Pablo me dijo que los va a llevar a todos a conocer el mar”.

El presidente Escobar no ha querido manifestarse sobre su gestión en estos cien días y se le vio melancólico entregando a la comunidad varias escuelas e inaugurando el Monumento al Parrillero, exquisita escultura que reposa hoy en el Parque de Berrío de Medellín.

Sin embargo, en la Hacienda Nápoles comienzan a circular rumores de que “Pablo está muy arrepentido” y que a menudo se le oye decir: “¡Estos hijeputas políticos me van a dañar, son más bandidos que yo!”.



TEJER CALCETA

por JUAN FORN • Ilustración de Hugo Díez Montoya



Durante la última ola de terror de Stalin, cuando Anna Ajmátova no solo tenía prohibido publicar sino que además sometían su departamento a *razzias* periódicas y hasta le habían puesto micrófonos ocultos, su táctica para evitar el cepo literario era dar a memorizar a siete personas de su máxima confianza cada poema que escribía. Nadiezhda Mandelstam no pudo ser de la partida porque ya conservaba en su cabeza todos los poemas de su marido, el gran Ossip (muerto en los gulags de Siberia por aquel epigrama que le dedicó a Stalin). Pero la joven Natalya Gorbanevskaya no tenía marido y vivía en el mismo edificio que Ajmátova, la admiraba sin límite y además tenía una memoria especialmente fértil para la poesía: así ingresó al círculo de Las Calceteras. Ajmátova las llamaba así porque cada una de las visitantes llegaba al departamento munida de agujas y lana, y hacía ruido de tejer para los micrófonos de la KGB mientras memorizaba línea por línea el poema garabateado en un papel que Ajmátova le mostraba y que procedía a quemar en el cenicero en cuanto la visitante le daba un silencioso gesto de asentimiento. Así se hacía realidad en la URSS de Stalin la famosa profecía de Bulgakov: “Los manuscritos no se extinguen en el fuego”.

Eran los tiempos en que casi no se veían hombres por las calles rusas: o habían muerto en la guerra o Stalin los había hecho desaparecer en las purgas, o el miedo los había convertido en soplones. Mentira: quedaban los jovencitos, y Ajmátova tenía una pandilla de revoltosos admiradores (el pelirrojo Joseph Brodsky y sus amigos), pero los eximía de riesgos porque no quería que terminaran en el gulag por su culpa. Ya había visto caer a dos maridos y a un hijo; prefería valerse de mujeres. Hay una hermosa anécdota de esa época: Nadiezhda Mandelstam iba en un colectivo lleno que se

hijo y recién ahí se la llevaron. A los dos años la soltaron: los químicos que le habían inyectado no habían hecho mella en su carácter (siguió redactando y repartiendo aquel panfleto disidente hasta que la expulsaron de la URSS) pero sí melló su memoria prodigiosa:

cuando le pedían que recitara sus poemas, en las reuniones clandestinas, las otras mujeres la ayudaban a terminarlos cuando se trabucaba por la mitad.

En lo que nunca claudicó fue en recibir y cobijar a todas las esposas o hijas de disidentes que quedaban desamparadas, primero en su país, después en su exilio en un monoblock en París. Antes de morir, retornó a Rusia: se cumplían cuarenta años de la entrada de los tanques rusos a Praga y volvió a ir a manifestar a la Plaza Roja y volvió a caer presa, esta vez por la policía de Putin. La liberaron porque la sabían casi póstuma, pero la expulsaron de nuevo, y habría muerto apátrida si los polacos y los checos no le hubieran dado ciudadanía honorífica por su contribución “a la poesía y a la verdad”. La ciudadanía honorífica no incluía sostén monetario y Gorbanevskaya murió pobre en París. Su hijo se estaba preguntando cómo pagar el entierro cuando se presentó un viudo a ofrecer sus condolencias y también una tumba vecina a la de su esposa muerta, en el cementerio de Passy. Gorbanevskaya había ayudado a esa mujer en la URSS, el viudo se había vuelto a casar y se iba a vivir a Australia, así que cedió su parcela y es por eso que los restos de Gorbanevskaya yacen junto a los

cuando le pedían que recitara sus poemas, en las reuniones clandestinas, las otras mujeres la ayudaban a terminarlos cuando se trabucaba por la mitad. En lo que nunca claudicó fue en recibir y cobijar a todas las esposas o hijas de disidentes que quedaban desamparadas, primero en su país, después en su exilio en un monoblock en París. Antes de morir, retornó a Rusia: se cumplían cuarenta años de la entrada de los tanques rusos a Praga y volvió a ir a manifestar a la Plaza Roja y volvió a caer presa, esta vez por la policía de Putin. La liberaron porque la sabían casi póstuma, pero la expulsaron de nuevo, y habría muerto apátrida si los polacos y los checos no le hubieran dado ciudadanía honorífica por su contribución “a la poesía y a la verdad”. La ciudadanía honorífica no incluía sostén monetario y Gorbanevskaya murió pobre en París. Su hijo se estaba preguntando cómo pagar el entierro cuando se presentó un viudo a ofrecer sus condolencias y también una tumba vecina a la de su esposa muerta, en el cementerio de Passy. Gorbanevskaya había ayudado a esa mujer en la URSS, el viudo se había vuelto a casar y se iba a vivir a Australia, así que cedió su parcela y es por eso que los restos de Gorbanevskaya yacen junto a los

Epigrama contra Stalin

Vivimos sin sentir el país a nuestros pies,
nuestras palabras no se escuchan a diez pasos.
La más breve de las pláticas
gravita, quejosa, al montañés del Kremlin.
Sus dedos gruesos como gusanos, grasientos,
y sus palabras como pesados martillos, certeras.
Sus bigotes de cucaracha parecen reír
y relumbran las cañas de sus botas.

Entre una chusma de caciques de cuello extrafino
él juega con los favores de estas cuasipersonas.
Uno silba, otro maulla, aquel gime, el otro llora;
sólo él campea tonante y los tutea.
Como herraduras forja un decreto tras otro:
A uno al bajo vientre, al otro en la frente, al tercero en
[la ceja, al cuarto en el ojo.
Toda ejecución es para él un festejo
que alegra su amplio pecho de oseta.

Osip Mandelstam
Noviembre de 1933

de aquella compatriota, que representaba a todas las mujeres a las que ayudó en vida sin pedir nada a cambio.

En su cocina de Moscú siempre había mujeres que criaban solas a sus hijos y que continuaban con la práctica de tejer calceta contra el régimen. Entre ellas había una muchacha que ocuparía años después su lugar. “Yo no era una disidente. Era la chica que lavaba los platos mientras ellas hablaban. Yo recuerdo cada cosa que decían, incluso cada cosa que pensaban, pero ninguna de ellas se fijaba en mí”, dice hoy Ludmila Ulitskaya, que por entonces solo era conocida por su diminutivo, Liuska. Cuando le preguntaban a Gorbanevskaya quién era esa muchacha tan callada, de pelo corto y pecho chato, ella contestaba: “¿Liuska? Liuska es escritora. Ya van a ver”.

Ulitskaya era hija de judíos, motivo por el cual se le negó ingreso a la universidad y terminó trabajando en un laboratorio, inoculando ratas. “El Día del Juicio enfrentaré mi sentencia hundida hasta las rodillas en ratas muertas”, ha escrito. En aquel laboratorio se volvió ávida consumidora de samizdats hasta que la pescaron leyendo uno (la novela *Éxodo* de Leon Uris). “Ahora que puede comprarse en cualquier librería, nadie la lee porque es de una mediocridad pavorosa, pero por ese libro quedé en la calle”. Así llegó a lo de Gorbanevskaya y gracias a ella consiguió su siguiente trabajo, en el Teatro de Cámara Judío en la región de Birobidzhan, en la frontera con China, un intento fallido de desterrar en masa a la población judía de Rusia en los años setenta: el teatro debía hacer repertorio *idish* pero ninguno de sus integrantes hablaba bien el idioma, así que solo hacían obras infantiles con marionetas. Ulitskaya sintió que podía mejorar casi sin esfuerzo esas obras, pero enseguida comprendió que era más lógico escribir cosas propias que emparcar obras ajenas.

Solo que el formato teatral no era lo suyo y las marionetas tampoco: prefería las personas de carne y hueso. Todos sus libros parecen salir de aquellas veladas en lo de Gorbanevskaya y las historias que se contaban unas a otras aquellas calceteras: la vida sin hombres, el desarrollo de la inteligencia y la templanza y la picardía para resistir, los infinitos pliegues de esa vida, en los tiempos de Brezhnev, y en los de Gorbachov y de Putin. En su libro *Mentiras de mujeres*, rinde un homenaje hermoso a Gorbanevskaya: una jovencita inculta ayuda a una maestra jubilada que padece Alzheimer. La vieja a veces entorna los ojos y recita poemas formidables. La jovencita los copia en un cuaderno. Cuando muere la vieja asisten al velorio todos sus exalumnos. La jovencita siente que ninguno aprecia en su real medida a la difunta así que abre el cuaderno y comienza a recitar aquellos poemas copiados en su letra infantil. “¿No entienden todavía qué clase de persona era?”, les dice. Y descubre para su consternación que todos esos poemas que creía que eran obra de la viejita son en realidad de la legendaria Anna Ajmátova. ©

Este texto se publica por cortesía de la editorial Planeta.



exlibris.com.co

Libros, café
y comida :
3003628240 ☎
(y en rappi)

Seguimos
leyendo



HAY PIEDRAS
CON LAS QUE
VALE LA PENA
TROPEZARSE
MÁS DE UNA VEZ

OPALO
bistró

TRAGOS / CAFÉS / MERIENDAS

ABIERTO DE LUNES A DOMINGO DESDE LAS 4:00 PM
MEDELLÍN CARRERA 42 # 54-58



Los deseos electorales pueden ser peligrosos. Aquí están los resultados de los talleres de *Quiero un_ president_* mezclados, revueltos, embriagados, traslapados uno sobre otro. Prendidas ya las maquinarias deseantes a la espera de confirmar las aspiraciones y los anhelos poéticos hasta que las urnas nos separen.

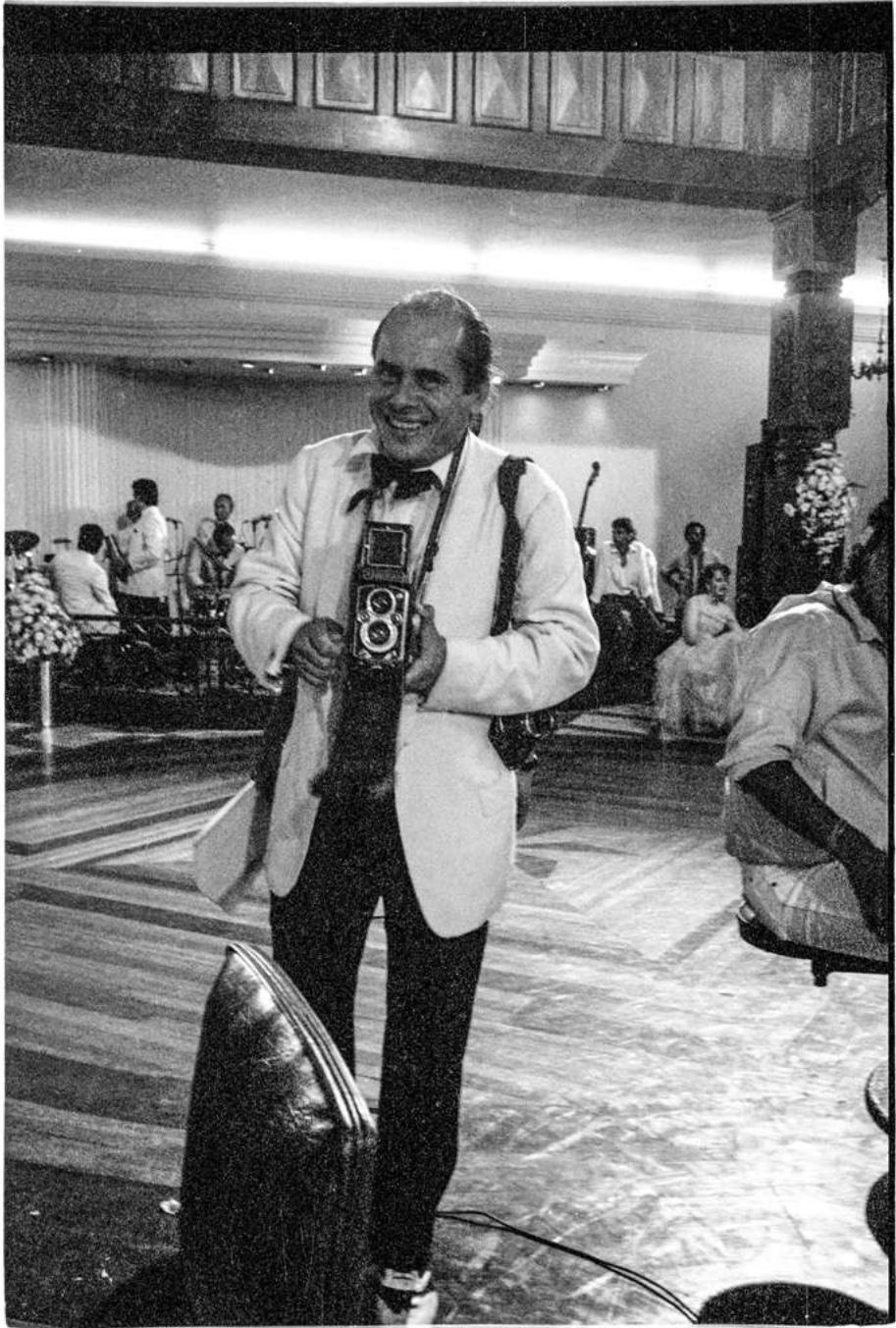
QUIERO UN_ PRESIDENT_

Quiero una presidente que se dé besos en público. Una persona que no le tiendan su cama y sepa cuánto vale una docena de huevos. Quiero una presidenta que cuide a los niños de su cuadra, una mujer dueña de una olla comunitaria. Alguien que sepa a qué huelen los bebés. Que haya tenido que encerrar a su hijo de ocho años para cuidar a otro niño de ocho años. Quiero un presidente que tenga un vecino desaparecido, que sienta miedo y ganas de llorar, que esté cansado. Une presidente que promueva la reparación y no la venganza. Que le haga un funeral a cada víctima, que les rinda honores con una coreografía militar sin armas, un gobierno de nueve millones de bailes. Una candidata mamá con un hijo de diecinueve en una primera línea, cualquier primera línea: del ejército, de la protesta, del esmad. Alguien que salga a marchar y cante *Bella Ciao* y llore vencido por los gases lacrimógenos. Quiero una puta de presidenta, que de pronto pare y diga “hay un color extraño en el cielo”. Un candidato que sepa qué es el placer y qué es el consentimiento. Unx presidente que use Grindr y busque el amor en Tinder -en tiempos de asesinato gay-, que no sea macho ni facho, que use ombliguera. Quiero una presidente que sea un poema desestructurado, que se haya cambiado de sexo en la cédula. Un presidente suicida que se mate cuando sea electo, que no quiera serlo porque no cree en la democracia. Alguien que tenga alzhéimer y se olvide que es presidente. Que no crea en Dios, pero nade con un niño wayúu en algún río del Chocó, que se conmueva ante el páramo. Quiero un presidente que cuide la selva como la Madremonte. Quiero un río de presidente y los árboles del bosque como vicepresidentes. Un río que sepa dónde están los cuerpos y sepa llevarlos a nuestras orillas. Quiero que gobierne una montaña, como antes.

TALLER EXPLORA

Quiero un presidente con la piel quemada de sembrar papa, que tenga la cara y las uñas llenas de tierra. Que colecciona puñaladas, que alguna vez haya pedido un domicilio a la Lonchería Maracaibo y haya tenido que hacer vaca para pagarlo. Quiero un presidente que sepa escoger aguacates, que vaya a la Placita de Flórez y que conozca con nombre propio a los vendedores. Quiero un presidente que se haya limpiado el culo con papel periódico, que se le haya vencido la cuenta de la luz y que haya estado colgado como un salchichón unos tres meses. Quiero un presidente que juegue billar y tejo, que pase el aguardiente con pola. Quiero un presidente que remiende sus calzones con hilo de otro color, que se vista de la ropa que hereda de sus primos o tíos. Una presidenta que pierda el sentido del tiempo, que salte la cuerda llevando coletas, que se suba a un árbol y llore por el raspón de rodillas. Quiero un presidente ingenuo y bohemio, que baile aunque no sepa bailar y que sufra diariamente por pendejadas. Quiero un presidente jíbaro y que los subsidios sean de su cosecha orgánica. Quiero un presidente que se haga la coca del almuerzo en la mañana y se la coma fría por la tarde. Quiero un presidente que hable desde el amor, desde ese amor por una cerveza. Un presidente de Bar y no de Var. Un presidente que se tome una medicita responsable, con naranjita picada de pasante en El Guanábano. Quiero un presidente que se parche en el Periodista, que cree historias cotidianas y contemple la vida. Un presidente gozón, que haya leído la ética de Espinoza. Quiero un presidente que haya tenido que levantarse a las 3:00 a. m. para ir a solicitar una cita médica y que se la den para dentro de ocho meses. Quiero un presidente que en sus tiempos universitarios solo haya tenido para comprar una empanada para el almuerzo y que haya tenido que devolverse para su casa a pie. Quiero un presidente trans no binarie, follone, sabroso y libertino, que dirija las tropas en tanga y la economía descalzo. Que tenga claro que lo único que existe es la belleza.

TALLER ETÍLICO EN EL GUANÁBANO

Eduardo, La Rata Carvajal, en *Azúcar*, 1989.

I ¿Puede haber un sitio más propicio para huir de la peste que el bosque de San Antonio? Se solaza dando de comer a los barranqueros, las tucanetas, los azulejos y las pavas de monte. El sitio aparece en las guías como privilegiado para el avistamiento de aves tropicales. Tiene una mansarda para ver el cielo, más de trescientos discos de rock, provisiones para cocinar como Ratatouille y varias botellas de Campari, además de los aderezos inconfesables. La casa queda a cuarenta minutos de Cali, en el kilómetro dieciocho de la carretera al mar. La empezó a construir él mismo, desde que era un rebelde sin causa, uno que se negó a estudiar como otros de su pandilla, incluido un célebre suicida de apellido Caicedo.

Repantigado en el sillón, mira las fotos en la pantalla. Son más de veinte mil fotogramas en los que se contemplan cuarenta años del cine colombiano. Quiere publicar un libro en una edición casera, firmada, para unos pocos buenos amigos. De pronto lo asalta un dolor punzante en la cintura, se retuerce, intenta levantarse, pero las piernas no le responden. Se siente desmadejado como una marioneta. Grita: ¡Wildier! Es el nombre de su agregado que se llama igual que el director de cine austriaco. Luego telefonea a su hermano. Este y Wilder logran subirlo al campero camino del hospital.

Una hora más tarde entra en la sala de urgencias, en la cuarentena del 2020. Lo examinan como a un bicho raro a través de máscaras de plástico y trajes que hacen ver a los médicos como los astronautas hostigados por *Allien*. Lo recluyen y le informan que su estado de salud es grave. Apenas le van a mostrar la radiografía, él alcanza a girar la cabeza para no ver la imagen.

¡No me digan qué tengo!, les dice. Vamos a operarlo.

Se siente en un delirio filmado por un loco. Conectado a máquinas y controles, debe comer una plancha de pollo, dura y blanca como suela de tenis, según cuenta, soportar el gusto televisivo de la enfermera y esperar a que el personal médico se conmueva y lo autorice a ver algún rostro amigo. Pero el encierro se prolonga, con el único aliciente de estar sedado o alucinado. Aun después de pasar por el quirófano, el paciente recae, ida y vuelta a casa, en distintos episodios de ansiedad que lo incitan a arrancarse los catéteres como lo había hecho antes su amigo Luis Ospina. No tiene fuerzas. Diez meses acostado. Le ruega al médico que lo desconecte. Preferible el sueño eterno a esta pesadilla sin fin. Y como nadie atiende sus súplicas, entra en huelga de hambre.

El doctor que lo trata tiene que viajar a Bogotá donde menciona el caso de este paciente impaciente a una mujer. Ella no solo lo conoce sino que lo admira y cuenta quién es. El médico vuelve a la clínica a hacer sus rondas.

“Ya sé quién es usted”, le dice, mientras le entrega un paquete desinfectado, envuelto en papel de regalo, “aquí le mandaron”.

Eduardo Carvajal pide que por favor se lo abra. Para su asombro es un libro de ilustraciones, que le envía su amiga Marcela Quiroz, artista visual, un ejemplar precioso, en el que la autora se dibuja a sí misma con un impecable diseño gráfico.

“¡Usted es la Rata!”, le informa el doctor. “¡Y no lo voy a dejar morir! Ya me contaron que usted quiere sacar su libro”.

A partir de ese momento el régimen hospitalario da un giro. El especialista vuelve a verlo muchas veces, trae un

La Rata en claroscuro

por FERNANDO MORA MELÉNDEZ

• Fotografías de Eduardo La Rata Carvajal

séquito de personas que lo revisan y están pendientes de cada detalle. Se permite la visita de amigos con tapabocas. Ellos le traen, en bolsas furtivas, empanadas árabes, chicharroncitos, aborrajados y otras delicias. El paciente se deja inocular con líquidos de todos los colores, así pretenden desterrar su mal. De pronto vuelve a oírse su risotada inconfundible. Y a todas estas, parece que remite la enfermedad.

II Eduardo “la Rata” Carvajal es a la memoria del cine colombiano lo que Robert Capa es al fotoperiodismo de guerra. Hizo de su oficio un arte personal antes de saber que se llamaba foto fija y que era un rol laboral en la industria fílmica. Él, que la mayoría de veces no cobró por hacerlo, va a un rodaje solo porque le atrae la forma en que un director descifra el mundo o pone en escena sus fábulas, o solo porque debe enriquecer su archivo.

Foto fija es aquel que toma imágenes mientras se filma una película. Quien lo hace no puede convertirse en un estorbo porque un set es como una sala de partos donde hay que dar a luz la escena. El fotógrafo debe andar alejado de los demás técnicos y artistas, utilizar un lente de larga distancia y no hacer ruido al disparar su cámara. Eso es lo que dicen los manuales, pero Eduardo se ha inmiscuido como mediador de paz, barista, sicólogo de rodaje y actor figurante en la mayoría de las cintas.

Desde sus inicios, Carvajal supo escabullirse por resquicios impensables, esquivar cables, luces, gente, equipos. Dice que es como un ballet donde se vuelve invisible para capturar los momentos sublimes y los otros: el paroxismo de una actriz; el choque entre dos almas en pugna, que se niegan a actuar

y mantienen en vilo al equipo; los instantes desapacibles de una madrugada en la que todo el mundo quiere tirar la toalla mientras prueba la comida de caja. Tal vez fue la audacia para no mostrar la cola mientras se cuele en la intimidad del filme, la que inspiró a alguien, uno al que ya no recuerda, a ponerle su apodo de Rata que según él ya es una denominación de origen.

A diferencia de otros, que copian los encuadres del camarógrafo de la película, para obtener fotos promocionales, Eduardo ha creado una cierta mirada que, en palabras de Víctor Gaviria, “le permite apresar la belleza, esos momentos y vivencias que no están en la ficción y que uno vuelve a ver en sus imágenes como si fueran el alma de la película”. Antes de que apareciera el recurso del video, actores y directores debían esperar las copias del negativo y, por esa razón, se lanzaban a ver antes las fotos de la Rata y a marcar sus favoritas con un lápiz rojo. Aquello que se revela en una suerte de vivencia profunda, la que ninguno ha visto entre el ajetreo y las tensiones de la puesta en escena. Una película, dice Truffaut, es como un tren, y después de que se empieza a rodar, no se pude parar, pero las fotos de Eduardo logran eternizar los instantes de esa fuga.

En *La mansión de Araucaíma*, el filme de Carlos Mayolo, la Rata se atrevió a grabar al actor José Lewgoy mientras pasteaba en una enorme cartulina las líneas del guión. Esa vieja gloria del cine brasileño, que había actuado para John Ford y John Houston, no resistió la intromisión, estalló en furia y le retiró la palabra. Si algo le inquieta a Carvajal es el vedetismo de los actores. Varias veces le han pedido que intervenga cuando una estrella se siente opacada y se

niega a subir en el bus con los obreros del filme, o cuando alguno pide más dinero del que un realizador independiente puede darle. “El cine une a la gente”, dice la Rata, “pero a veces no”. Y es cuando él ejerce su magisterio.

Sus ardides lo convierten en el “poder oculto de la película”, comenta el cineasta Erwin Goggel, tal vez porque solo él es capaz de convencer a unos niños de la calle a seguir las pautas bajo la adicción al pegante, algo tan difícil “como poner a actuar pájaros”, según Gaviria; o distraer a una empleada del metro, con maniobras de seductor, para que en otro vagón se logre filmar la escena no autorizada del abaleo.

Aunque Eduardo se siente la persona más libre del equipo y no tiene el mismo horario que los profesionales del filme, a menudo es el primero en llegar a la locación. Ya entrado en ambientes, ha encontrado lugares y objetos antes que los directores de arte: un acueducto tipo romano en una hacienda azucarera, una fonda caminera en la carretera al mar, o un resto de avioneta que le dará un toque “daliniiano” a la escena.

III

Carvajal nació en el barrio San Fernando, en Cali, y se precia de haber desertado de un colegio tradicional en busca de otros credos más plácidos. “Soy de la calle”, dice, “la fotografía no se estudia, eso es innato”. Su primer contacto con una cámara fue a los diez años, con la Kodak 120, de formato 6 por 6, que su papá le prestaba después de mucho rogarle. Con ella capturaba a sus amigos y hermanos. Luego, a los quince, cuando vio el filme *Blow Up*, en el Teatro Aristi, le entró para siempre el arrebato de ser fotógrafo. No quiero estudiar más, declaró a su familia. Alarmado, el padre, por el pálpito de tener un *hippie* en casa, lo envió donde su amigo Teófilo Tamura, para que trabajara en algo. Y fue mensajero en ese almacén de repuestos. Tamura hacía parte de la horda nipona que llegó al Valle del Cauca atraída por la exuberancia de los paisajes que describe Jorge Isaacs en su novela *María*, para esos días recién traducida al japonés.

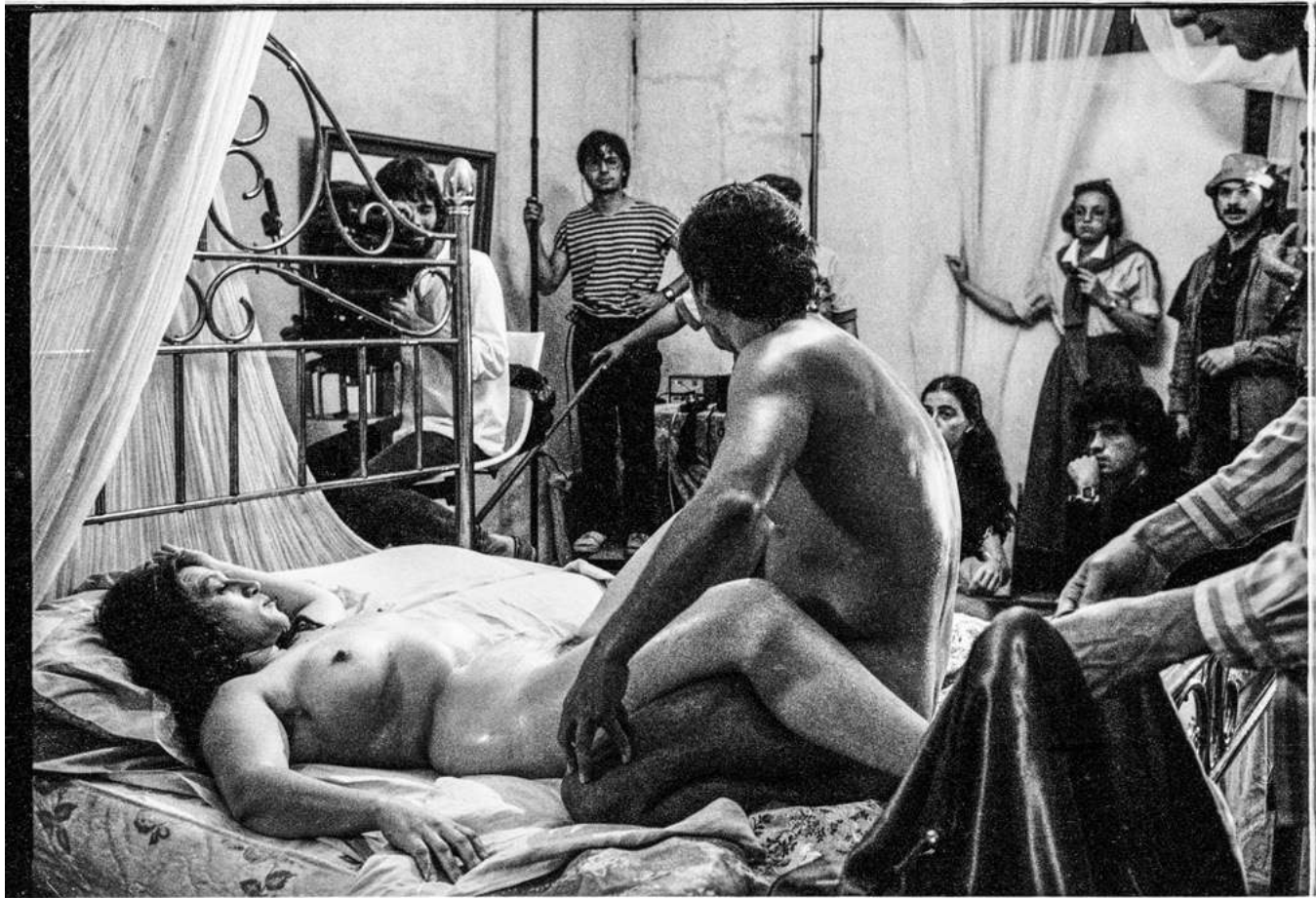
Sin haber terminado estudios, Eduardo luego entró a trabajar con Jorge

Jurado en el departamento de Biología de la Universidad del Valle, al que la Fundación Rockefeller había donado microscopios y cámaras con lentes de aproximación asombrosos para enfocar la vida a escala diminuta. Y aunque los experimentos le fascinaron, a la salida de allí, en la calle, veía especímenes en disturbios, con pancartas, a otra escala, tan enérgicos como los microbios bajo un reactivo, y dignos de una instantánea.

Con los ahorros de esos primeros empleos, la Rata pudo comprar su primera cámara, una Praktika, a Gertian Bartelsman. “Era una cámara de la RDA, que venía con un lente ruso y era tan pesada como el socialismo”. Con ella dejó de ser retratista familiar para volverse un reportero de la fauna citadina.

Cuando el padre supo que la decisión de su hijo no tenía vuelta atrás lo llevó de visita donde los viejos fotógrafos de Cali, como Armando Acevedo, primo de los que habían hecho los primeros noticiarios de cine en Colombia.

“Uno como joven no hacía sino chuparle la sangre a esos viejos”, dice, “me pareció interesante ver a ese señor



La Mansión de Araucaíma, 1986.



La Virgen de los sicarios, 1999.

echándole ripio de lápiz o de papel carbón alrededor de los ojos a la modelo, como al estilo *Nosferatu*, así suavecito con los dedos y luego cambiando el ángulo de la cámara. Pero, huevón, yo ya conocía el mundo del maquillaje en el teatro y me parecía hasta inaudito que ya en esa época una modelo se dejara echar papel carbón en la cara”. Y no bien termina su evocación, la Rata desgrana su risotada zumbona.

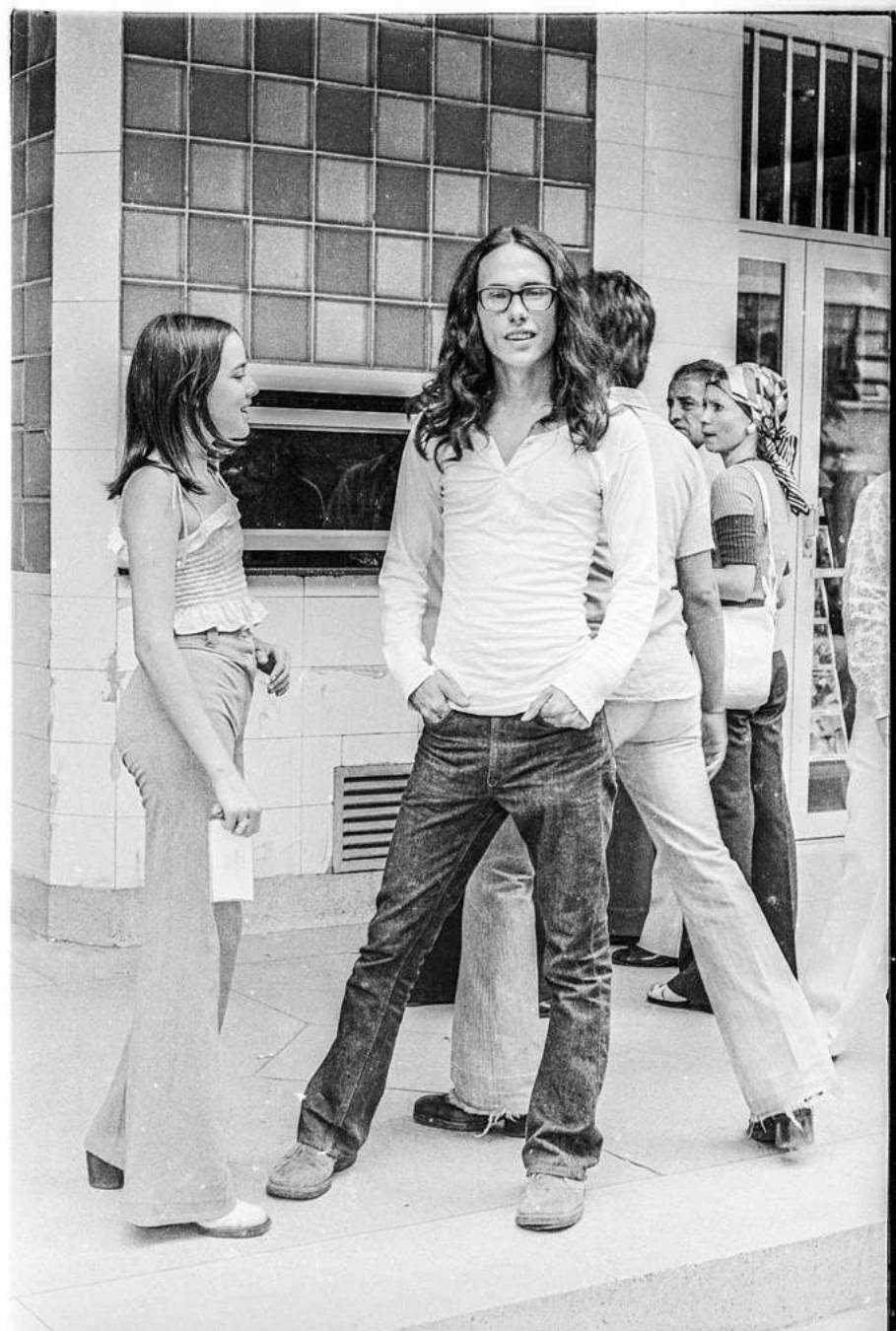
El otro fotógrafo que le atrajo fue Jorge Tello, que regentaba un estudio y una anticuaria en el mismo local. Operaba cámaras panorámicas que rotaban para lograr copias únicas del negativo sobre el papel y tomar grupos amplios de gente y paisajes de 180 grados de la ciudad.

“En esa época fui muy amante de la arqueología urbana. Recuerdo que mi papá y yo caminábamos por el centro y cuando fuimos donde Tello, me impresionó una foto cuyo original todavía conservo. Es del cráter que dejó la explosión con dinamita el 7 de agosto de 1956. La teoría de este hecho es que había una conspiración contra la dictadura de Rojas Pinilla y que el ejército estaba dividido; de modo que el general ordenó a los militares contradictores que se acantonaran en la estación del ferrocarril, en la 25 entre primera y segunda. Los soldados durmieron allí, y la dinamita que vino de Buenaventura, más de veinte camiones, acabó con todos los oponentes. Nunca se supo la cantidad exacta de muertos que hubo porque esa parte de Cali la componía una población flotante, de residencias de campesinos y gente que venía a mercar por esos días, mucho prostíbulo y mucha cantina. Solo quedó una pequeña cruz como recordatorio y esta foto del cráter de mi maestro Tello”.

Al caminar por el Puente Ortiz, el joven Carvajal veía a los fotógrafos callejeros que capturaban a los transeúntes, les entregaban papelitos para que otro día fueran a mirar los contactos de los negativos a una oficina. Si a alguien le gustaba la foto, pedía una versión ampliada y la compraba. La escena llamó su atención porque las cámaras que usaban esos retratistas casuales eran marca Leika, con sistema de cortinilla, silenciosas y versátiles. Las había hecho famosas el padre del reporterismo gráfico moderno, Henri Cartier-Bresson, y era la cámara que Carvajal soñaba tener y que solo obtendría años más tarde, en una prendería, y la que usaría siempre, con un lente 135, desde 1973.

IV

En una casona de dos pisos, del barrio La Merced, en el centro de Cali, Hernando Guerrero fundó en 1970 Ciudad Solar, una suerte de comuna artística, con ecos de Mayo del 68, del nadaísmo, el hipismo y tendencias políticas que iban desde la izquierda obrera hasta el anarquismo utopista, todas unidas por la rebeldía y las ganas de hacer arte o tan solo de ampliar las puertas de la percepción con cualquier estimulante, incluido el *rock and ron*. Pasar por allí era un ritual para los pibes que venían del Cono Sur y para los gringos rubicundos que bajaban del norte; tenía una galería de arte, curada por Miguel González, una tienda de artesanías, dormitorios para artistas en la planta superior, y un cineclub de medianoche, en el patio central, donde Andrés Caicedo proyectaba desde wésterns hasta cintas francesas de culto. La Rata fue allí, en 1971, para fundar un laboratorio de fotografía, junto con Gertian Bartelsman y Diego Vélez. Vivían la fiebre de los momentos iniciales de ser fotógrafo y, aunque ya había trabajado con eso en Univalle, fue allí donde aprendió a hacer los químicos y a revelar. Copiaban, hacían ensayos en el cuarto oscuro e intentaban hacer trabajos comerciales pero fracasaron. Fue entonces cuando conoció a amigos carnales Carlos Mayo-lo, Luis Ospina y Ricardo Arbeláez.



Andrés Caicedo en el Cine club de Cali, 1974.

Por esos días del 71, Caicedo y Mayo, preparaban el rodaje de su película *Angelita y Miguel Ángel*, e invitaron a la Rata: “Empecé ayudándole a Andrés con el casting. Él quería a una niña que le gustaba mucho y que iba bastante al cineclub. Era en verdad linda. Finalmente no funcionó, pero él mismo buscó su actriz, Pilar Villamizar, y comenzamos a rodar. Yo al principio fui a cargar algún trípode, como todero, con la curiosidad de ver cómo era eso. Desde el primer día de rodaje me pareció increíble. No tenía sentido que si yo estaba aprendiendo fotografía y estaba al lado de dos amigos haciendo una película, no hiciera nada para documentar ese trabajo. Al segundo día llegué con mi cámara y empecé a tomar fotos sin parar”.

En las fotos aparece Caicedo, motilado para encarnar el rol de policía. Venía de hacer teatro con Enrique Buenaventura y se le notaba algo desmesurado en su rol de director en ciernes. Aprovechaban que tenían de productor a un judío dadivoso, gerente de Laboratorios Squibb, Simón Alexandrovich, cinéfilo, que llevaba a almorzar a todo el equipo en un Dodge Dart a Los Turcos, el legendario café de los intelectuales vallunos. Como se sabe, la película quedó inconclusa, por discrepancias entre los realizadores, pero gracias a ella, la Rata debutó en su oficio y capturó para la memoria la primera aventura en celuloide de aquel Caliwood.

V
Ciudad Solar, agitada por las disputas dogmáticas de la izquierda más radical hizo que el curador de arte, los fotógrafos y cineastas pusieran pies en polvorosa antes de su oficio y capturó para la memoria la primera aventura en celuloide de aquel Caliwood.

La película no se hizo, pero dos décadas más tarde filmarían otra, basada en una historia de Fernando Vallejo, *La virgen de los sicarios* (2000). En esta, Eduardo actuó de taxista y se asoció como productor. Algunas escenas, por su crudeza, debieron rodarse de forma clandestina.

IV
Hemos visto las fotos de Andrés Caicedo, tomadas por la Rata Carvajal, tantas veces y en tantas partes que hasta pensamos si el halo póstumo de este mito juvenil de las letras hubiera sido igual sin esas imágenes. Además pareciera que el fotógrafo hubiera seguido las pisadas esquizoides del personaje durante años, pero no fue así. Además de las que le tomó en el rodaje de aquella cinta inconclusa, *Angelita y Miguel Ángel*, Carvajal solo hizo unas cuantas más del escritor con un sombrero de mago y, las más célebres, 36 disparos a la entrada del teatro San Fernando, donde funcionaba el Cine Club de Cali, los sábados, a las doce y treinta del día.

Eduardo cuenta que las fotos se las pidió el propio Andrés. Estaban en la oficina de Nicholls donde ambos trabajaban, un viernes, al final de la tarde, cuando él tenía el aire de los malos presagios, “ya varias veces le habíamos oído el cuento del suicidio. Me pidió que llegara dos horas antes de la proyección. La frase era perentoria: necesito esas fotos. Por eso le hice caso y madrugué al día siguiente, con la Nikon de la empresa”.

Esa mañana la Rata entendió que el otro había pensado sus imágenes, sin gente al fondo, ni público novelero. Quedaría solo con la entrada del templo del cine detrás de él. Andrés empezó a hacer esas poses irreverentes, llevándose la mano al bulto o enarbolando una cerveza Póker como si fuera la llama de la libertad. Obtuvo para la posteridad, sin saber que varias de ellas se estamparían en camisetas, carteles y hasta en billetes como parte de la imaginaria popular de ese James Dean de Caliwood.

Pero Carvajal no solo ayudó a la beatificación de Caicedo sino que en vida fue su cofrade en las labores del Cine Club. Le ayudaba a imprimir los estenciles del boletín donde se reseñaba la película; en su moto reclamaba las latas de las películas en la terminal o las movía entre un teatro y otro, cuando había que esperar a que terminaran de proyectar un rollo en una sala y arrancar a toda para el otro cine donde lo esperaban, en una carrera contra el tiempo, escena que Andrés retrató en el personaje en bicicleta de su película. Por esos roles, la Rata nunca obtuvo un crédito, tampoco por atender la taquilla y tolerar los dilemas de varios espectadores que preguntaban, antes de comprar la boleta: Ve, ¿la película es a color o en blanco y negro? Si era la segunda opción seguramente no entrarían, como los elegidos, en penumbra, al reino de los sueños.

El Andrés que conoció Eduardo casi nunca se quedaba conversando largo rato con alguien, “no sé si porque era tartamudo, pero siempre estaba yéndose, no parchaba, y cuando uno quería que le contara algo, se defendía con su frase de batalla: Yo más bien te, te escribo”.

V
En *Agarrando Pueblo*, de 1977, Eduardo hizo su primer papel secundario. Aparece en el rol del camarógrafo que roba imágenes de muchachos de la calle para venderlas en el exterior, un vampiro de la miseria a todo color. Por las verdades que muestra este falso documental se volvería un filme de culto y daría origen al término pornomiseria.

Después de esos devaneos iniciales, en varios cortos del grupo, en 1982 la Rata hizo fotos en *Pura Sangre*, de Luis Ospina, inspirada en la leyenda urbana de Adolfo Arbeláez, un magnate caleño aquejado de una extraña enfermedad que le obliga a hacerse constantes

transfusiones de sangre. Se la provee un macabro grupo que secuestra víctimas en los mangones de Cali. Esa fue la primera cinta con presupuesto estatal, donde pudo ver más de sesenta técnicos trabajando detrás de escena, con una parafernalia de equipos: espejos, lámparas de neón, filtros y tramoyas que supo usar como ambiente gótico. A menudo vemos en sus fotos escenas que nadie vio en la película porque él las crea, con los actores, en el tedio de la espera, mientras se ponen luces, se maquilla o se ensayan detalles.

Los filmes colombianos de los ochenta, como *Carne de tu carne* (1982), aún tenían dificultades técnicas para registrar el sonido, de modo que el cli-queo de la Rata no se alcanzaba a oír; podía merodear con su Leika muy cerca de la gente y del equipo, aunque sufría por la cicatería de los productores que le daban tres rollos para doce o catorce horas de rodaje. Y como le pedían que tomara fotos a color, él usaba otra cámara solo para cumplir con ese compromiso, al tiempo que hacía las suyas en blanco y negro.

La marca de la Rata tiene que ver con el uso de un lente 135, pues el de 50 milímetros o lente normal nunca le gustó porque hacía ver a todo el mundo como un sapo. Jamás disparó un flash. Lo suyo es ver a los humanos en claroscuro, incluso más oscuros que claros. Por eso tiene a mano, en su panteón, a Manuel Álvarez Bravo, Leo Matiz o Sebastião Salgado.

Era asombroso que hubiera tomado quinientas fotos en *La vendedora de rosas* (1998), la cinta que más fotografió, pero cuando usó por primera vez una cámara digital, en el 2009, lo sorprendieron al decirle que había tomado dos mil fotogramas de *La sangre y la lluvia*: “Yo no puedo ver todo eso, le dije a Sebastián Hernández, el director de fotografía”. De hecho, Carvajal se habituó a hacer fotos sin revisar el resultado en las pantallas de ahora, para seguir con el evangelio de Luis Ospina que reza: “En el cine, fe es creer en lo que no se ha revelado”.

“Hacer películas fue una experiencia en la que no sabíamos dónde empezaba la rumba y dónde terminaba el rodaje. Éramos como una familia. Nos divertíamos, paseábamos, jugábamos; hacíamos cine tomando trago y metiendo droga, pero lográbamos hacer lo que queríamos, pese a que nos tocó todo de un modo muy primitivo. De vez en cuando nos enredábamos por ahí con una chica. ¿Cuántas por rodaje? Dos o tres, pero eso no era mal visto”. Uno de esos escarceos, detrás de escena, con Claribel Arango, la productora de *Azúcar*, terminó en boda..., y juntos también produjeron una hija.

El 31 de diciembre de 1990 Carvajal decidió hacer un registro de todas las fiestas de esos amigos, “el detrás de cámaras”, dice, “de nuestra actividad social o antisocial, una historia de la década y de la decadencia”. En más de treinta horas de grabación se puede ver en intimidad a los protagonistas de la cinefilia. Luis Ospina escogió algunas escenas para su testamento fílmico y el de Caliwood, al que llamó *Todo empezó por el fin*. Al fondo se escucha un estribillo punketo que dice: “Nosotros de rumba y el mundo se derrumba”.

VI
Hay fotos que faltan, las que un fotógrafo nunca pudo tomar, a sus 72 años, y que conforman un álbum indeleble en su memoria. La Rata recuerda que una vez estuvo al frente de Erich Rohmer, creador de la “Nueva Ola francesa”, quien a sus ochenta seguía vivo y filmando. Rohmer y Barbet Schroeder vivían en el mismo edificio en París. Lo estaba enfocando cuando escuchó la voz de Barbet, su amigo, que le gritaba: ¡Rata, no! ¡Pero por qué no le puedo tomar una foto al maestro? ¡Porque no,

Rata, no se puede!, recalcó con determinación. Y nunca supo el porqué.

La otra imagen fue en un Festival de Cine Cartagena. Eduardo y Sandro Romero Rey bajaban en el ascensor, después de una noche de juerga. Iban a desayunar para meterse a un estreno de matiné. “No se sabía quién estaba peor, si Sandro o yo”. En ese momento se subió al ascensor Mario Moreno, Cantinflas, con dos guardaespaldas. Iba muy serio don Mario, ya jubilado, pero a ellos el susto de verlo les aplacó la prenda. En el primer piso del Hotel Caribe, cuando la puerta se abrió, una pandilla de colegiales en el paseo del fin de curso se abalanzaron gritando sobre Cantinflas; todas querían una foto con el genio de la comedia mexicana. Entonces la Rata no se resistió y, con las cámaras de las chicas, empezó a hacerles fotos. Les indicaba a don Mario y a ellas posiciones y fondos para lograr ángulos favorables. Cantinflas no moduló, estaba pasmado de ver las ínfulas del roedor, que ahora se precia de haberlo dirigido. ¿Pero las fotos dónde están? Ellas se las llevaron en sus cámaras.

A menudo, cuando hace sus travesías metafísicas, la Rata nunca guarda lentes en sus maletas. Hizo un viaje en motocicleta, inspirado en una película que ama, *Easy Rider*, en la que Peter Fonda y Jack Nicholson son un par de traquetos que viajan largas jornadas en sus Harley. “La mía fue una aventura de verdad. No sabía dónde iba a parar o a comer. Si un pueblo me gustaba, me quedaba. Anduve 35 000 kilómetros, desde Cali hasta Ushuaia, la ciudad más austral del mundo. Desde allí subí al norte, hasta Venezuela, pasé al Orinoco y llegué hasta la costa, a la Isla Margarita. Luego regresé al país por Cúcuta. Las imágenes en ese caso son las que quedan en la cabeza, no hay foto capaz de registrarlo porque no puede reproducir emociones”.

Fue parecido cuando iba para Francia, en el avión, con el Zarco y Lady, actores de *La vendedora de rosas*, y no se aguantó las ganas de despertarlos, eran

como sus hijos, para que vieran un milagro que tampoco se podía captar. Por la ventanilla de un lado la Tierra se veía de noche, pero en la otra ya amanecía.

En el 2021, estaba tan cansado de la reclusión en la clínica que viajó, sin cámaras, a Nueva York, alquiló una habitación barata en el hotel de Tesla, cerca del Madison Square Garden; rentó un carrito de baterías para enfermos, de tres ruedas, y se puso a andar por los lugares recordados: “Me gusta ir a ver la decadencia. En Manhattan la vaina es tenaz, a media cuadra del hotel hay un lugar para heroínómanos. Todos están tirados en la calle, viviendo entre la basura con esas agujas. Paso por ahí y me doy cuenta de que para ellos la escena no es lamentable, no lo ven así, es su estilo de vida. Les dan sándwiches, toallas, jeringas. Llega gente a convencerlos de que pasen la noche de invierno en un albergue, pero ellos prefieren quedarse en la calle y congelarse, poner un tarro de basura, prenderlo y oler plástico toda la noche, tomando trago. Veo a los negros en sus bancas, con sus bolsas de marihuana recreativa. Como ya está permitida, todo Nueva York huele a cannabis. Anduve por todas partes en ese tríciclo eléctrico y cuando a uno lo ven en él le abren las puertas, o le ofrecen la mejor mesa en el restaurante. Volvía al cuarto, cansado de ver tanta gente y tanta cosa, entonces ponía a cargar el carrito toda la noche para volver a salir al otro día”.

VII
Suenan la alarma para los medicamentos, un antialérgico y un anticoagulante. Eduardo la apaga, mientras dice: “Mejor espero el timbre de las siete para tomármelos”. Aunque el médico le ha dicho que, de acuerdo con las pruebas, ya no hay rastro de cáncer en su cuerpo, también le han insistido en mantener a raya las tentaciones. Saben que es un sibarita de aquellos que escogen la marca de pimienta, y que en su bar no faltan rarezas deleitosas, como una ginebra de aromas silvestres, elaborada por los indígenas del resguardo de Mraflones, en los farallones de Cali, o un



Agarrando pueblo, 1978.

viche macerado en hojas de coca que le envía una amiga del litoral pacífico. Sirve de esos tragos a los tantos amigos que lo visitan para hablar de los rodajes de antes, cuando en Colombia se hacían a duras penas tres películas al año. También llegan estudiantes que escriben tesis de grado o buscan datos sobre temas de ciudad. “Hace pocos años”, dice, “me le ofrecí a Carlos Moreno para buscar locaciones en Cali para la versión fílmica de *Que viva la música*. Fue decepcionante ver cómo había cambiado esa ciudad de los setenta. Ya no era Cali. Estaba llena de rejas. El narcotráfico la había partido en dos. Esos retales de mármol que le habían sobrado al patrón estaban puestos en las fachadas”.

Carvajal vive solo, pero todas las mañanas se reúne en su cabaña con Camila Trejos para mirar y ordenar el archivo. Se trata de una labor minuciosa en la que tardan semanas averiguando sobre una persona que aparece en una imagen de cuyo nombre Eduardo no se acuerda. Ella, que también hace foto fija, se asombra de ver las señales del tiempo en los rostros que la Rata ha preservado. A él

lo asalta el temor de que su obra no se preserve, después de que vio en una oficina de Focine una caja de cartón con tiras revueltas de negativos a merced de los hongos y la humedad.

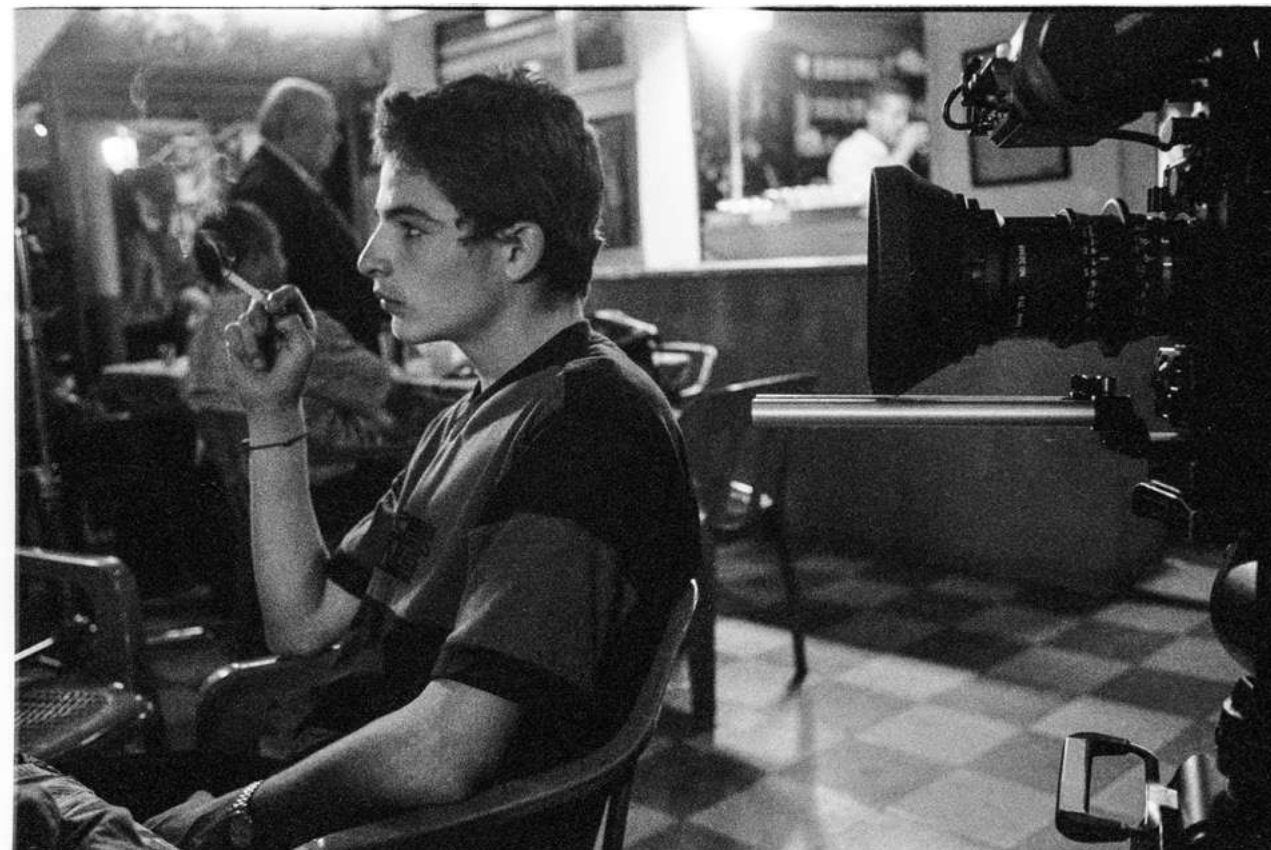
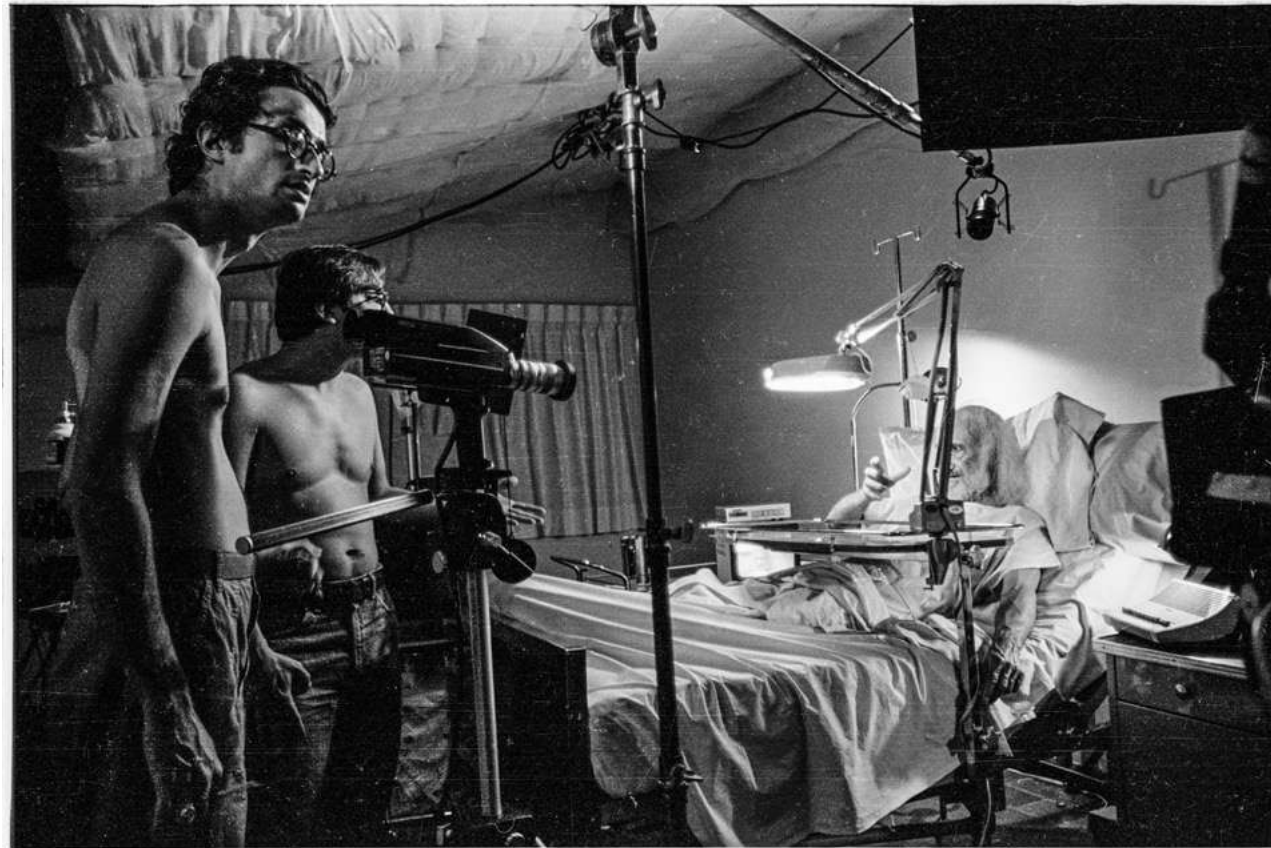
Después de asistir al set de *Lavaperros* (2019), la última película donde actuó y tomó fotos, se dio cuenta de que los modos de rodar hoy le resultan tan rígidos y aburridos que no piensa volver a sus andanzas, pese a que le cuentan que la fotografía con película, las cámaras mecánicas y el revelado manual están volviendo como regresó la música en vinilos y los tornamesas. Prefiere sembrar semillas, regalar plántulas de sus almacigos, salir a contemplar guacharacas, tal vez salvar este parche de bosque donde, hace algunos años, los sobrevivientes de Caliwood vinieron a poner las cenizas de Mayolo en las raíces de un yarumo.

“La selva me está invadiendo”, dice, “tengo la ilusión de que el planeta se va a recuperar cuando se acaben los humanos. Quisiera verlo entonces”.

“Eduardo es indescifrable”, dice Camila, mientras repasa en la pantalla las fotos del maestro. ©



Victor Gaviria, El Zarco, y Lady Tabares. Cannes, 1998.



Sup. izq.: *Pura Sangre* (1982),
cen. izq.: *La vendedora de rosas* (1998),
inf. izq.: *La Virgen de los sicarios* (2000),
sup. der.: *Carne de tu carne* (1983),
cen. der.: *Agarrando pueblo* (1978),
inf. der.: *Agarrando pueblo* (1978)

Eduardo "la Rata" Carvajal
Fotografía

Burdel de vereda

por ANDRÉS DELGADO • Fotografías de Liceth Cristina



Yesica era una de las mejores trabajadoras, paciente y comprensiva con los clientes, se sentaba en sus piernas y dejaba quererse de las manos callosas de los campesinos. Sin embargo, una noche, uno de ellos se largó de la pieza que acababa de pagar, saltó furioso al borde de la carretera oscura y se plantó frente a don Alirio, a las puertas del bar: un salón estrecho con cuatro mesas apeñuscadas y una bola de disco soltando líneas multicolores que rayaban a los campesinos, la trocha y el monte cercano.

—Si vuelve a traer a esa muchacha, yo la mato.

Don Alirio, dueño de El bulevar de Kelly, me sigue contando la historia. Dice que se acercó a la sombra, le pidió que se tranquilizara y se subiera el cierre del pantalón.

—Vea que de pronto se le sale el borracho —le dijo—, y maluco que se entere su mujer.

El cliente tomó un poco del aire nocturno y montañoero. Exhaló. Explicó que estaban “haciendo el rato en la pieza” y ya había pagado.

—Yesica se desnudó —dijo— y después se puso la ropa sin hacer lo que teníanamos que hacer.

Pedía la devolución del dinero. Eran las diez de la noche en los cerros antioqueños y se había formado un corrillo en el corregimiento de Altamira, municipio de Betulia, al suroeste de Antioquia, a 131 kilómetros de Medellín. En la mitad del tropel, Yesica argumentaba que el hombre ya había visto su cuerpo desnudo, y, por eso, ella cobraría. No devolvería la plata porque tampoco perdería ese tiempo, cuando pudo estar ganando con otro cliente. Explicó que el hombre estaba “muy tomado, muy agresivo y a mí me dio mucho miedo”. Cuando estaban en la pieza y semidesnudos, el hombre intentó quitarle la plata y Yesica lo agarró a puño.

—Entonces para que no tengamos problemas —decía el cliente a las puertas del bar—, si la vuelvo a ver, yo la mato.

Y se largó, tambaleándose por la trocha. Tampoco quiso insistir, pues como ya sabemos, estaba casado y era muy fácil que se regara el chisme del escándalo.



Don Alirio se dio cuenta de que Yesica tenía esa costumbre, otras muchachas se lo dijeron: cobraba, se desnudaba y luego se vestía dejando al cliente a medio camino. La táctica le funcionaba con los borrachos, con los bien borrachos.

—Era muy linda, paciente, dedicada y todos los putañeros saben lo que significa eso —dice don Alirio—, pero para evitar problemas no la volví a contratar.

Don Alirio me cuenta que el bar comenzó cuando años atrás novióba con Kelly, una chica que trabajaba como prostituta en los bares de la Central Mayorista, en Medellín. Ella tenía 23 años

y él 56. Cuando la esposa de don Alirio falleció, comenzó a ver a Kelly más seguido y en vista del conocimiento que ella tenía del negocio, don Alirio decidió dejarse asesorar por la muchacha y montar un prostíbulo en su tierra natal.

Era el tercer negocio de esta índole en el corregimiento que en los tiempos de los arrieros fue parada obligada para los recorridos entre San Antonio de Prado, Altamira, Urrao, Urabá o Chocó. El local queda en una montaña empinada, por lo que el primer piso, un garaje donde están las cuatro mesas y la barra para cinco clientes, es en realidad el centro de un sánduche entre el sótano y el

segundo piso. Inicialmente se pagaban trescientos cincuenta mil de arriendo por las tres plantas. Cuando el negocio prosperó el arriendo llegó a subir a millón doscientos. En el local no hay barra de estriptis, en el sótano hay dos camas y en el segundo piso se dispuso una cocina y la pieza donde duerme don Alirio, quien tiene una finca en una vereda cercana “pero me da pereza salir tan tarde por la trocha”, dice.

Dependiendo de la muchacha, el rato puede costar entre treinta y cinco mil y cincuenta mil pesos. Pero, como en todo, el precio depende del marrano, sobre todo del marrano que quiere gastar. Por el rato se cobra diez mil la pieza y a la muchacha se le dan uno o dos condones. La clave del negocio, para ellas, es hacer clientes y amigos. Es una cuestión simétrica: “Caer bien y que te caigan bien”, dice Liceth. Si el sujeto es “bien portado” y se ve la posibilidad de cultivarlo, entonces se le dan dos polvos. Pero como beben bastante, y muchos son viejos calenturientos, no alcanzan a quedarse mucho tiempo.

La amanecida se cobra entre cien y ciento veinte mil. El bar de Kelly se cierra a la una y si hay fiestas va hasta las tres de la mañana, pero en cualquier caso si el cliente va a amanecer tiene que esperar a que se cierre el negocio. Las amanecidas se celebran en el sótano, en la pieza de dos camas y un baño. Un cuarto rústico en ladrillos pelados, en el que, si hay dos muchachas con amanecidas, toca colgar una cortina entre cama y cama. “Normal —dice Liceth—, es como estar los cuatro juntos”. Y otro asunto, en el negocio se fía lo que sea, cerveza, guaro, energizantes, menos los ratos con las muchachas.

Los primeros meses, en plena apertura, el negocio estaba abarrotado durante los fines de semana. Las cuatro mesas y la barra permanecían llenas, gente de pie adentro y afuera. El bar de Kelly era la novedad. Los otros tres negocios llevaban mucho tiempo y los clientes se habían acostumbrado a las muchachas. Si la clave del negocio para ellas es hacer amigos bien amigos que les manden plata entre semana, para don Alirio, la sustancia del negocio es variar las muchachas que trae desde Medellín. Pero, además, hablando

del intermediario y los treinta y cinco mil por día para cada una, don Alirio asume los costos del transporte desde Medellín, el de regreso corre por cuenta de cada una. El beneficio para ellas, además de los primeros treinta y cinco mil, está en función de “fichar con cerveza Clarita”. Esto es: por cada cerveza que el cliente invita, ellas reciben una ficha pagada a mil pesos. El guaro y otros tragos tienen otro valor por ficha. Hay muchachas que pueden “fichar sesenta mil pesos por noche —dice Cristina—, pero a nosotros no nos gusta que lo hagan con aguardiente porque se emborrachan muy fácil”. De manera que, luego de la base de pago, cada una debe sacar sus trucos para hacer rendir la jornada haciéndose invitar, no solo a cerveza, sino a pasar el rato o incluso a amanecer.

Si es un fin de semana normal se traen dos muchachas, si es uno bueno se traen cuatro. “Por ejemplo en las Fiestas de la Virgen del Carmen —sigue don Alirio—, procuramos traer a las más buscadas, y ahora en Semana Santa, este domingo será un día muy movido”. El negocio mejora con las fiestas pueblerinas. “Igual el cura no dice nada, pero, cada que puede, pasa por acá y pide una colaboración para la parroquia”. En diciembre también se mueve mucho. Los clientes van a misa y luego pasan a tomar cerveza. O si la llevaban a la mitad, y los coge la hora de ir a rezar, pues dicen: “Guárdeme esta cervecita, voy a misa y ya vuelvo”.

En una de esas fiestas, una señora llegó con un niño diciendo:

—Ábrame arriba porque quiero saber si el papá de este niño está ahí.

—¿Y quién es el papá del niño?

La señora dijo que era fulanito de tal, que la había dejado cuidando al niño, el hombre había dicho que ya volvía y esta era la hora en que no aparecía.

—Estoy segura de que está acá, me hace el favor y me lo llama.

En el bar, a simple vista no estaba el sujeto y nadie “hacía un rato” en el sótano. Ese fin de semana comenzaron temprano y en el bar todas sabían que Laura no estaba, un señor le había pagado muy bien para llevársela para un cafetal.

Cristina me sigue contando historias mientras nos refrescamos tomando cerveza fría. Hubo un caso de una muchacha que se fue un fin de semana con festivo con casi setecientos mil pesos sin contar lo que fichó. Se llamaba Paola y acababa de cumplir dieciocho años. Era delgada, con abdomen plano, “no tenía mucha nalguita pero tenía senos redonditos —dice Cristina—, tenía el cabello liso y cortico”. Paola apenas estaba aprendiendo y decía que quería que le enseñaran los trucos “para hacer harta plata”. En esa época estaban en cosecha de café, los clientes comenzaron a solicitarla y ella “a fichar parejo” y a dejar la cerveza a la mitad, o a esconderla sin tomar un trago para pedir otra, y otra, porque además no solo era un cliente quien la invitaba sino varios a la vez. Paola hacía un rato con el cliente, se bañaba y se organizaba para volver al ruedo. Llegó a estar con diez hombres en una noche cuando lo normal es estar con cinco. Cobrando treinta mil de esa época...

Paola quedó muy amañada, le dijo a don Alirio que la siguiera llamando. Volvió a los dos meses cambiadísimas: las uñas pintadas, torcía los ojos, hacía ademanes de niña grosera, avispada y mal criada. Luego de hacer los ratos decía que no necesitaba bañarse, cogía unos pañitos, se limpiaba y de nuevo al bar. Una noche don Alirio asó carne para todos y como estaban con el bar a reventar se turnaron para subir a comer.

“Llegó Paola, la sinvergüenza —cuenta Cristina—, comió de primera y barrió con toda la carne, solo dejó arroz y unas papas cocinadas. ¡Claro! Con esa

forma de trabajar...”, remata Cristina medio enojada medio en broma.

“Pero por qué se preocupan por la carne —dijo Paola esa noche—, no se preocupen que yo la pago”.

“Por otro lado —dice Cristina la hija de don Alirio—, lo cierto es que muchas manejan muy mal el dinero”. Llamen a don Alirio y le dicen “no tengo el dinero para el pasaje para ir a la terminal del transporte, y ellas ganan bien”. Don Alirio le consigna diez mil pesos por Gana. Ahora es don Alirio quien habla: “Algunas ni se bañan luego del viaje desde Medellín, conforme se bajan vienen directo al bar a trabajar”. Al día siguiente, tampoco tocan agua después de levantarse porque dicen: “Con este frío no se baña nadie”. Y Cristina le quita la palabra al papá: “Pero es que también los clientes son campesinos que llegan sudados y a ellos no es que les importe mucho que la chica esté así.”

Durante los momentos muertos del bar, las muchachas hablan en la barra. Vamos comentando los casos y chocando las botellas. Doralba, madurita y bella gente, dice que si le dan veinte mil no tiene problema en chupar sin condón. “¿Pero sin condón?”. Reniegan las otras. “No ve pues..., es que casi no me resulta”. Un trago de cerveza. Otra dice: “Hay que mostrar, pero no mucho”. Y otra: “Hay mujeres a las que les va mejor sin mostrar tanto”. Y otra: “Cuando nos viene el período metemos

un taco de algodón que se cambia con frecuencia para no perder los fines de semana que se está enferma y se necesita la plata”. Otra recuerda al cliente que iba a oler vagina. ¡Salud!, y todos reímos. Era un viejito que nunca estaba con ninguna, pero iba, decía él, “a alimentar el ojo”. Pedía sus traguitos, pero nunca invitaba y cuando llegaba una nueva le decía: “Le doy dos mil, si me deja oler”. En la barra, las muchachas se miran, se burlan, se preguntan y se contestan muertas de risa: “Plata es plata, ¡salud!”.

Las cervezas me tienen relajado, voy perdiendo ritmo en las preguntas y tengo muchas ganas de echarme una bañadita. Entre las muchachas sigue la conversación. Unas dicen que la familia sabe en qué trabajan, otras dicen: “Yo no estudié”, y otra: “No tengo más trabajo”, y otra: “No sé hacer algo diferente”, y una más: “Esto es lo más fácil y me queda el resto de semana para estar con mi hijo”. De nuevo el brindis y la cerveza revienta su espuma en mil enanos haciéndose la paja en mi garganta. Es hora de dejar la preguntadera. Le ofrezco la mano a Cristina y nos vamos de apretadita con “un verso muy sutil y dirigido, delicado y sensitivo quisiera componer yo”. Pronto la bola de disco comenzará a rayarnos y es mejor que nos coja bailando, ya viene el trájín, se mueven las muchachas y las fichas. ☺



CAPÍTULO UNO

Primeras preguntas

por ESTEFANÍA CARVAJAL

• Ilustración de Hansel Obando

Dicen que no hay peor dolor que perder a un hijo, pero el día que se murió el tío Enrique la abuela no se inmutó. La velación fue en Los Sauces y apenas duró media hora. Él había dicho alguna vez que no quería que su cadáver estuviera a la vista de las viejas chismosas que llegan a los velorios a tomar tinto gratis aunque no sepan el nombre del muerto, pero el abuelo insistió tanto en la importancia de seguir las tradiciones fúnebres que mamá resolvió el asunto partiendo diferencias entre la voluntad del difunto y los deseos del padre: sí habría velorio, pero sería cortico. Tan cortico que no alcanzamos a rezar un rosario completo.

Los Sauces queda en la misma manzana que la dentistería del abuelo, la odontología del tío Rodrigo y las confecciones de mamá y papá. A una cuadra está el parque principal de Bello, y a dos, el apartamento donde encontraron el cadáver de Enrique. A mis abuelos les dijeron que su hijo había muerto en medio de una borrachera y a las nietas nos mandaron a vigilarlos para que no fueran a encontrarse con el edificio acordonado por los agentes del CTI, pero solo tuvimos éxito con el abuelo. La Fiscalía se demoró un día y una noche con la necropsia y el abuelo empezó a preguntarnos por la tardanza del funeral: le dijimos que Los Sauces no tenía disponibilidad sino hasta el día siguiente y que no íbamos a desgastarnos buscando otra funeraria cuando ellos habían sido vecinos nuestros por casi cincuenta años.

La sala de velación se llenó a punta de primos lejanos que no conocía más que por el nombre y de viejos amigos de mamá y papá. Yo había pasado cientos, tal vez miles de veces por ahí, pero nunca había entrado. El salón principal era tan grande como una parroquia de barrio y terminaba con unos ventanales semipolarizados de pared completa. El féretro estaba adornado con dos ramos de flores y dos candelabros de hierro forjado con espacio para siete velas, pero sin velas. La sala olía a esa mezcla de tinto de greca, incienso y formol que se siente hasta en la calle, cuando uno baja hacia la plaza, y que en los días de mucho viento se cuela también por las ventanas de las confecciones, pero al rato me fui acostumbrando y luego ya no me olía a nada: apenas a los perfumes de las amigas de mamá que se arribaban a darnos el pésame.

Entre el medio centenar de asistentes solo reconocí a un amigo del tío Enrique: un tipo menudo y encorvado de orejas grandes al que todos llaman Ratón. Fue él quien tomó la iniciativa y empezó con el Oficio de los difuntos, esa oración que termina con un salmo que la gente no canta sino que murmulla, como para no molestar al muerto. Después recitó los primeros avemarias de un rosario mientras los asistentes desfilaban con curiosidad hacia el cajón.

Casi todo el mundo se asomó, pero yo no quise ver el cuerpo de mi tío. Le dije a mamá que me parecía una falta de respeto que lo exhibieran ahí después de lo que le había pasado, como si fuera un recién nacido en la cuna, indefenso, incapaz de cerrar la tapa del cajón para esconder sus vergüenzas. Eso fue lo que le dije, pero la verdad es que me daba miedo: nunca había visto un muerto y qué tal que el primero fuera precisamente el tío Enrique, precisamente muerto así, con la cara con la que quedó. Mis primas, que sí fueron hasta allá y estuvieron un rato rezando y dándole picos al vidrio del cajón, me dijeron que el maquillaje no logró esconderle la cara de susto: el tío Enrique quedó con la cara que hacen los muertos que no se querían morir.

Esa fue la cara que le tocó ver a mi abuelo cuando se paró apoyado en el brazo de la tía Fabiola, caminó con su vaivén de pato hasta el ataúd y se asomó por la ventanita que revelaba el busto del menor de sus cuatro hijos. La voz de Ratón enmudeció y todos giramos la cabeza hacia el centro del salón, donde estaban el tío Enrique, acostado y muerto, y el abuelo vestido de negro con la camisa que solo usa en los funerales.

El clóset del abuelo está lleno de camisas de seda de Costa Azul de distintos colores y estampados, pero todas con la misma forma: cuello almidonado, manga corta, botones contramarcados y un bolsillo delantero en el que guarda un lapicero y un billete de cincuenta mil. Cada año compra dos camisas nuevas, una para su cumpleaños y otra para Navidad. Tiene cincuenta o sesenta camisas, y ninguna está repetida. Las usa durante dos días seguidos antes de meterlas en el canasto de la ropa sucia. Los pantalones le duran cuatro o cinco días. Las medias y los calzoncillos sí se los cambia a diario, y los lava él mismo con un jabón rey que mantiene en la ducha. Los viernes, una mujer que se llama Nidia recoge el resto de la ropa y la lleva a la lavandería. Vuelve con ella oliendo a Soflán y la cuelga en el mismo clóset en el que el abuelo guarda una caja fuerte con sus pasaportes y un revólver Smith & Wesson cargado de balas calibre 38.

El abuelo, que siempre está impecable y sonriente, peinado, bien puesto, con la ropa planchada y oliendo a Soflán, se asomó al cajón y vio la cara de susto de su cuarto hijo y lo que vio le ensució de lágrimas la única camisa de seda negra que tiene en el clóset.

Mamá me contó después que era la primera vez que lo veía llorar: ella — como yo, como todos — lo creía inmune a la tristeza. El viejo apoyó su mano chiquitica y rechoncha sobre el féretro y acarició la madera fina, como si así pudiera acariciar también la mejilla horrrorizada de Enrique. Lo miró por poco más de un minuto —que en tiempo de velorio se sintió como una hora—, se echó la bendición y volvió a buscar su lugar en la sala, en el otro extremo de donde estaba sentada la abuela.

*Este fragmento hace parte de la nueva novela *Las vanidades del mundo* de Estefanía Carvajal publicada por Planeta en el 2022.



Una vez el viejo estuvo en su sitio le llegó el turno a ella. La abuela se paró sin ayuda, caminó reclinada sobre su bastón y lo apoyó en el ataúd. Como no tenía ropa negra en el clóset, mamá la había vestido con una falda larga beige, una blusa blanca con detalles en canutillo plateado, medias antiembolia hasta las rodillas y zapatos ortopédicos marrones. Sobre su cabeza canosa y casi calva tenía unas gafas oscuras de mala calidad que usaba como si fueran una corona, incluso bajo el sol del mediodía. La abuela había asumido la decrepitud de la vejez de forma prematura y parecía disfrutar de la lástima que despiertan los ancianos desvalidos: cuando cumplió sesenta años compró una vela para la torta con el número setenta y empezó a usar bastón, aunque el médico le dijo que no lo necesitaba. Tenía dos hábitos que me sacaban de quicio: cada vez que terminaba de comer pedía un vaso de agua y zambullía en él su caja de dientes —esto lo hacía incluso en los restaurantes ante la mirada incrédula de los meseros—; y siempre buscaba la ayuda inútil de hombres desconocidos y preferiblemente jóvenes cuando iba a cruzar la calle, a bajar unas escaleras o a subirse al carro de mamá. Entonces, con las manos ásperas de los muchachos entre las suyas, hinchaba el pecho y exclamaba "¡ochenta son ochenta!", aunque en realidad tuviera setenta, y los miraba con cara de perrito faldero para que ellos, a su vez, le devolvieran una mirada de compasión.

La abuela se acercó al cajón y observó el cuerpo de Enrique con la misma indiferencia con que miraba a los mendigos que piden monedas en la calle. Traté de buscar el dolor en su rostro, pero sus arrugas no se movieron: no pude ver ni una pizca de lo que se supone debe sentir una madre que pierde a su hijo. En menos de lo que se tardó en llegar hasta el féretro agarró de nuevo el bastón y caminó con su paso cojo hasta mamá, que estaba sentada a mi lado con los ojos rendidos al llanto.

—¿Sí vio, Anita? —le dijo—, yo sabía que si Enrique seguía con esas maricadas lo iban a matar.

Mamá me apretó la mano y me dijo al oído "quién le contó, cómo se dio cuenta", y antes de que yo pudiera responder, "usted la lleva al cementerio". Luego se fue a mirar a Enrique hasta que los de la funeraria llegaron a mover el cajón. La gente que estaba rezando el rosario apenas iba por la mitad de los misterios dolorosos. Quisieron protestar, pero los de la funeraria dijeron que solo habían pagado media hora de velorio y que la familia del siguiente muerto ya estaba haciendo fila para entrar a la sala.

El entierro fue a las cuatro, con un sol radiante a punto de esconderse detrás de la cordillera. La abuela y yo miramos el cortejo bajo la sombra de un búcaro sin flores, a unas cinco tumbas de distancia. El sacerdote roció agua bendita sobre el féretro y mamá soltó el primer puñadito de tierra.

Miré la cara de la abuela y traté de descifrarla, pero no pude. ¿Qué cara debe hacer una madre que acaba de perder a su hijo? ¿Debe llorar a mares? ¿Debe gritar tan fuerte que la escuche todo el pueblo? ¿Debe desmayarse del dolor? ¿Debe arrodillarse al lado del féretro, derrotada? ¿Debe rogarle al cura que la entierre con su hijo? ¿Qué cara debería estar haciendo la abuela? No la que tiene ahora, pensé. Quizás una mueca. Una lágrima. Una nariz congestionada. Por lo menos una mirada ausente o incrédula o furiosa. Pero en la abuela no parecía haber nada de eso ni tampoco nada de nada: ella iba en piloto automático, sonriéndole a la gente que la saludaba, aunque no pudiera recordar sus nombres.©

Urbania.

Café consciente.

Calle 14

Viva Envigado

Calle 8

Calle 14 #30-100
El Poblado.

Cra. 48 ##32B Sur-139,
Envigado, Antioquia.

Calle 8 #43B-132
El Poblado.



PALINURO

Libros Leídos

Calle 49 B No. 75-33 / 2609160
f Palinuro @ libreriapalinuro
Medellín - Colombia



Nuestra comida es un acto de amor y sanación.
Es un momento de conexión con el otro, por medio del cual tenemos la posibilidad de recordar que la vida, con toda su magia y creatividad es INFINITA

DOMICILIOS EN MEDELLÍN

Tel.: 3168789335



Restaurante
El ÁRBOL DE LA VIDA
Comida Natural

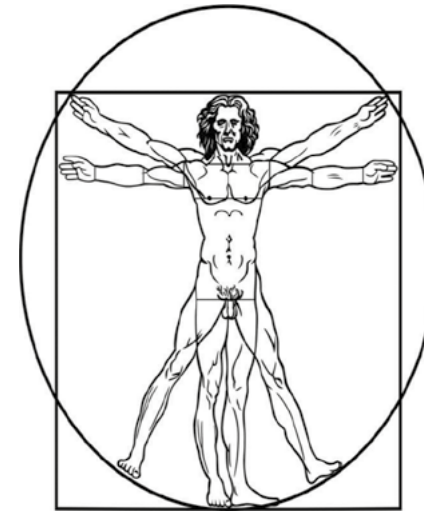


CAFÉ-BAR

CASA DE ASTERIÓN

COWORKING
MÚSICAS DEL MUNDO,
ARTE, BEBIDAS Y CAFÉS

CRA 42 #53-63 CENTRO
IG: @BARCASADEASTERION • FB: @CASADEASTERION
ABIERTO DE LUNES A SÁBADO DESDE LAS 10:00 A.M. Y DOMINGOS DESDE LA 1:00 P.M.



VICTOR AGUDELO E.

Medicina alternativa

Manejo del dolor agudo y crónico

Citas: 321 696 3676
vagudelo@hotmail.com

TRES CANDIDATOS ASESINADOS

por JUAN FERNANDO RAMÍREZ ARANGO • Ilustración de Mónica Betancourt



El 18 de agosto de 1989 sería asesinado Luis Carlos Galán. Ese viernes irreversible Galán había despertado eufórico, ya que en la encuesta presidencial publicada por *El Tiempo* arrasaba a sus rivales: “Él siempre había sido optimista, pero por primera vez estaba seguro de que iba a ganar”.

Antes de dirigirse a la fatídica manifestación de Soacha, Galán pasaría el día en la sede de campaña, donde, entre otras cosas, recibiría la última llamada de un medio de comunicación: de parte de *Cromos*, para que contestara un cuestionario sobre detalles curiosos de su vida, al que dijo no: “No puedo apelar al buen humor porque no hay motivos para tenerlo en momentos en que atravesamos por una crisis tan aguda de la que no sabemos cómo

salir”. Palabras que revelaría esa revista diez días después, en una edición especial luctuosa, que iniciaría con un reportaje gráfico titulado “Cómo perdió Colombia la esperanza”, en el que, a través de once fotos, se narra el asesinato de Galán desde el punto de vista del fotógrafo José Herchel: “A las 8:05 PM estaba parado frente a una tienda esperando la caravana. Lo vi acercarse, montado sobre el platón de una camioneta blanca. Yo había presenciado las manifestaciones galanistas de Cali, Popayán y Puerto Tejada, pero nunca vi tanta gente como la que esa noche lo esperaba en Soacha. A medida que avanzaba, dejando la Autopista Sur para tomar la entrada al pueblo, crecía el número de simpatizantes, se escuchaban vivas, pitos de carros, consignas y la algarabía de una papayera.

Salí del tumulto y me adelanté para ir a la plaza y esperarlo sobre la tarima”.

Cuatro días después del magnicidio, el 22 de agosto de 1989, *Semana* publicaría el testimonio de Patricio Samper, concejal de Bogotá por el Nuevo Liberalismo, quien iba con Galán: “La carretera para entrar a Soacha estaba repleta y la camioneta que nos trasportaba apenas podía avanzar”, tanto así que tardarían cuarenta minutos para llegar a la tarima, donde José Herchel, a las 8:45 p. m., vería lo siguiente: “Desde allí hice la última foto en que el doctor Galán aparece de pie, en un saludo que resultó ser la despedida. Alguien le acercó una silla y él se apoyó para subir a la tarima. En seguida, el doctor Galán levantó sus brazos y por espacio de 10 segundos saludó a la gente. Esa foto no pude hacerla

porque me vi obligado a bajar para darle el espacio a él. En ese instante me sentí un inútil porque mi objetivo era tomarlo desde lo alto en primer plano, con la multitud al fondo. Solo después pude comprender que, si la tarima hubiera sido más grande, tal vez yo habría muerto con la primera ráfaga que sentí pasar como un ventarrón”.

Patricio Samper, por su parte, narraría así el arribo a la tarima: “Galán, Germán Vargas y yo llegamos de primeros, pero cuatro guardaespaldas subieron antes para chequear que no hubiera nada sospechoso. Entonces le señalaron que podía seguir. Lo hizo y apenas alcanzó a caminar algunos pasos, cuando levantó el brazo derecho haciendo el ademán típico con el que iniciaba todas las presentaciones en la plaza pública. En ese momento sonaron tres ráfagas de ametralladora. Yo estaba detrás de él y lo vi caer, junto con el animador de la manifestación, quien era el único que estaba sobre la tarima cuando llegamos”. El animador era el concejal Julio César Peñalosa, quien estaba en la tarima desde las cinco p. m.

Los primeros disparos, según José Herchel, sonarían en medio del alboroto que se había armado en el recibimiento y por un instante se confundirían con la pólvora de los voladores: “Se oyeron gritos. Paró la música y hubo pánico. Yo estaba a espaldas del doctor Galán y vi el momento en que cayó, como cuando a uno le halan el tapete donde está parado. No levanté la cámara porque la impresión que tuve desde el punto donde estaba es que el candidato había sufrido un resbalón. Pero un segundo después me doy cuenta de la verdad, entonces tomo la foto: él está sobre la tarima. Junto a él, a la izquierda, un guardaespaldas trata de cubrirlo. Los políticos acompañantes también caen. Se escucha la segunda ráfaga y los disparos vienen desde el centro de la plaza”.

Uno de los políticos acompañantes, obviamente, era Patricio Samper: “Mi primera reacción fue empujar a Germán Vargas, que estaba detrás de mí, y después me lancé al piso. Ahí arrancó la verdadera balacera. Disparaban los guardaespaldas de Luis Carlos, la policía y dicen que hasta francotiradores apostados en los techos. Miles de personas estaban botadas en el piso, mientras el traqueteo de las ametralladoras continuaba. Cuando volteé a mirar, reconocí a Luis Carlos, caído en la tarima, por el color de su vestido. Uno de los guardaespaldas lo estaba protegiendo con su cuerpo. Entonces me acerqué y le dije al escolta que consiguiera un vehículo para llevarlo al hospital”.

Mientras tanto, José Herchel perdería la noción del tiempo: “Son instantes demasiado largos como para medirlos en segundos, pero así se suceden. Todo el mundo se tiró al piso y de repente me di cuenta de que era una de las pocas personas que permaneció de pie. Estuve inmóvil en tanto corría bala por los cuatro costados. Agachado, empecé la retirada, sin dar la espalda a la escena en que los miembros de seguridad arrastran desesperadamente el cuerpo del doctor Galán en pleno tiroteo. Tomé un par de fotos más y me atrincheré detrás de un automóvil”.

Mezclado con los escoltas que arrastraban desesperadamente el cuerpo de Galán estaba Patricio Samper: “Con tres guardaespaldas lo levantamos. Él tenía los ojos abiertos y estaba consciente, aunque no hablaba. Yo le dije ‘tranquilo Luis Carlos’, mientras lo bajamos de la tarima, seguro de que se salvaría. Pasamos por encima de los cuerpos de la gente que había caído y alcancé a ver a algunos heridos por asesinato de Galán”. *La Prensa*: “Asesinada una esperanza”. *El*

de un automóvil blindado, del cual casi no pude abrir la puerta. Dos de los escoltas dieron la vuelta y uno de ellos se sentó en la parte trasera con la ametralladora terciada, mirando alrededor. Yo, que estaba luchando para ubicarlo en el asiento, le grité que me ayudara. Finalmente lo haló y Luis Carlos quedó en el piso. El otro guardaespaldas, que estaba detrás de mí, se subió arrodillado en el asiento trasero y me retiró. Poco antes de que el vehículo arrancara lo vi por última vez. Esa mirada no se me va a olvidar nunca”.

Una vez arrancó el vehículo, los disparos cesaron y José Herchel dejaría su trinchera: “Decidí salir y recorrer la plaza. Centenares de globos se despidieron al cielo. Un hombre sostenía en lo alto su botella de aguardiente y un muchacho, atento, no bajaba el arma. Integrantes de la banda de música trataban de recuperar sus instrumentos. Heridos aquí y allá. Rastros de sangre, policías en guardia, niños indefensos, incertidumbre sobre la vida, llanto, tragedia como el fin del mundo. Guardé la cámara y me fui, alterado por los nervios”.

Quince minutos después, el vehículo blindado que transportaba a un Galán moribundo arribaría al Hospital de Bosa, donde dos médicos y tres socorristas de la Cruz Roja estabilizarían sus signos vitales. Sin embargo, al quitarle el chaleco antibalas, comprobarían que una bala le había destrozado la vena aorta a la altura de la parte baja del abdomen: Galán ya había perdido unos cuatro litros de sangre, O negativa. Como en el Hospital de Bosa no tenían los equipos de estimulación cardíaca requeridos y la cantidad necesaria de ese escaso factor de sangre, decidirían trasladarlo en una ambulancia al Hospital San Rafael.

En medio del recorrido, el presidente Barco se dirigiría a los colombianos anunciando la mala noticia y nuevas medidas para enfrentar al narcotráfico, entre ellas la aprobación de la extradicción por vía administrativa, por fuera del alcance de la Corte Suprema de Justicia. Inmediatamente después los noticieros de las 9:30 p. m. abrirían con las imágenes del tiroteo en Soacha, las que todos hemos visto, grabadas por Jesús Calderón, el camarógrafo oficial de la campaña galanista.

Finalizada la emisión de los noticieros, alrededor de las 10:05 p. m., al ver que Galán se les iba de las manos, los médicos desviarían la ambulancia hacia el hospital de Kennedy, a toda velocidad, provocando un accidente: “Una de las ruedas de la ambulancia dio con el hueco de una alcantarilla destapada, lo que obligó al conductor a frenar bruscamente. Uno de los escoltas motorizados que venía detrás, chocó con el vehículo y sufrió lesiones de consideración”. En Kennedy, Galán sería recibido en estado de *shock* crítico, sin tensión arterial ni pulso: “Dos cirujanos y dos anestesiólogos apelaron a todos los procedimientos clínicos de resucitación. A pesar de tener la certeza de que era inútil, hicieron intubación, abrieron el tórax para masajear directamente el corazón e intentaron devolverle la fuerza con tres litros de sangre y tres de suero, pero no hubo respuesta”. Cuatro días después, la portada de *Semana* sería una foto de Galán con esta inscripción: 1943-1989. Sí, estaba a punto de cumplir 46 años, y desde hacía once meses, cuando cumplió 45, la mafia ofrecía quinientos mil dólares por su cabeza.

Posdata: Al día siguiente la noticia se robaría todas las portadas de los periódicos: *El Espectador*: “Asesinado Galán”. *El Tiempo*: “La mafia asesinó a Galán”. *La República*: “Luto y conmovido por asesinato de Galán”. *La Prensa*: “Asesinada una esperanza”. *El*

Siglo: “Se desintegra el país: asesinado Galán”, etc., etc. Cuatro de esos cinco periódicos recogían estas palabras del expresidente Misael Pastrana, quien le había dado la oportunidad a Galán de dar el salto del periodismo a la política, al nombrarlo ministro de Educación en su mandato: “Mataron no solamente al presente, sino también al futuro”.

El 22 de marzo de 1990, sería asesinado Bernardo Jaramillo, de 34 años, candidato a la presidencia por la UP: “El hombre más custodiado del país y el que más amenazas de muerte recibía”. Y también el que más atentados frustrados contra su vida había tachado en el calendario: el último, por ejemplo, el 22 de enero de 1990, con jurado gracias a una llamada anónima, y que, curiosamente, iba a desarrollarse en el mismo sitio donde sería abaleado de muerte dos meses después, esto es, en el aeropuerto El Dorado. Allí, el jueves 22 de marzo, pasadas las ocho de la mañana, en el Puente Aéreo, un sicario proveniente de Medellín, llamado Andrés Arturo Gutiérrez Maya, de 17 años, lo ametrallaría con una Mini Ingram en el cuello, el tórax y el abdomen: “Mi amor, no siento las piernas. Estos hijueputas me mataron. Abrazame y protégeme que me voy a morir”, fueron las últimas palabras de Jaramillo, dirigidas a su esposa, que saldría ileso del atentado.

Cinco días después, el 27 de marzo de 1990, comenzaría a circular la edición 412 de *Semana*, titulada con la pregunta del millón, esto es: “¿Quién mató a Jaramillo?”. Una primera respuesta surgiría la misma mañana del asesinato: dado que la noche anterior el DAS había interceptado una llamada entre Pablo Escobar y uno de sus jefes de sicarios, en la que hablaban de cometer un atentado al día siguiente y de pagarle trescientos mil pesos al sicario de turno, monto que, Andrés Arturo Gutiérrez Maya, capturado en el acto, confesaría haber recibido. Maza Márquez, director del DAS, culpaba al capo del magnicidio: “La coincidencia de la cifra pagada, así como el anuncio en la conversación de un golpe para el día siguiente, permiten establecer con certeza que el autor intelectual del asesinato es Pablo Escobar”.

Una segunda respuesta saldría a la luz en la tarde: a través de una entrevista telefónica en una emisora de Medellín, larga entrevista de diecinueve preguntas, una voz anónima reivindicaría el asesinato de Jaramillo a nombre de Fidel Castaño: “¿Ustedes quiénes son? Nosotros somos del grupo de Fidel Castaño. ¿Son del cartel de Medellín? Sí, Fidel Castaño es la persona que reemplazó a Gonzalo Rodríguez Gacha, alias El Mexicano, en el cartel”.

Al día siguiente, viernes 23 de marzo de 1990, en carta remitida a Diego Montaña, director de la UP, autentificada con su huella digital, Pablo Escobar negaría su participación en el asesinato de Jaramillo, culpando al Estado de ello: “Estoy asombrado de ver la facilidad y la rapidez con las que el gobierno encuentra un culpable para justificar ante el pueblo los asesinatos cometidos por sus sicarios oficiales... A Jaramillo lo quise, lo respeté y lo admiré siempre. ¿Qué interés tendría en matar a quien, como él, se opuso a la extradición y defendió el diálogo con el narcotráfico?”.

Tras esa pregunta, la carta finalizaría con una respuesta de Jaramillo tomada de una entrevista publicada por *Cromos* en septiembre de 1989: “Ahora todo se lo achacan al señor Pablo Escobar. Él va a ser el chivo expiatorio de todas las bellaqueñas que se han hecho en el país durante estos años. Aquí

hay altas personalidades del Estado que están comprometidas con los grupos paramilitares y tienen que responderle al país por los crímenes que han cometido”.

A esas palabras de Jaramillo citadas por Pablo Escobar, acaso para validarlas, se les sumaría lo que la prensa calificó como “desafortunada coincidencia”. Y es que cinco días antes del magnicidio de Jaramillo, Carlos Lemos Simmonds, ministro de Gobierno, había comenzado una fuerte campaña de desprestigio contra la UP: “El país ya está cansado y una prueba de ese cansancio es que en estas elecciones votó contra la violencia y derrotó al brazo político de las Farc que es la Unión Patriótica. Se van a enojar porque les estoy diciendo esto, pero ellos saben que es así”. Declaración que Diego Montaña, el referido director de la UP, en carta remitida a Lemos Simmonds, replicaría así: “Usted debe saber que una declaración suya puede causar muchos muertos, porque evidentemente nuestros enemigos se sentirían amparados”. Jaramillo, por su parte, en entrevista para un noticiero televisivo, la última que daría, le respondería a Lemos Simmonds con la siguiente premonición que, lamentablemente, se cumpliría a muy corto plazo para él: “Por el hecho de que no le guste al ministro la forma como nosotros decimos las cosas, no le da derecho a condenarnos a muerte con sus declaraciones, tal como lo está haciendo”.

Posdata 1: “¿Quién mató a Jaramillo?”, finalizaría con este párrafo: “La organización paramilitar tiene una nueva cabeza en Fidel Castaño, quien además se habría convertido en una rueda suelta del cartel de Medellín, lo que implica que el país, que se había acostumbrado a hablar de dos enemigos, la guerrilla y el narcotráfico, tiene que empezar a hablar de tres, siendo el tercero, el grupo de Castaño, tanto o más peligroso que los anteriores”.

Posdata 2: Justo después de ese final que hablaba de Fidel Castaño como la nueva cabeza de la organización paramilitar, al pasar la página, en un artículo titulado “Los que ganaron”, acerca de los resultados de las elecciones parlamentarias, se decía lo siguiente de AUV: “AUV, un muchacho audaz, de 37 años, buen orador, con carisma y con experiencia administrativa, duplicó su votación sorprendentemente, pasando de 39 mil votos en 1986 a 92 mil el pasado 11 de marzo. Con este resultado, AUV se perfila automáticamente como la mayor amenaza de los últimos tiempos para el cacicazgo de Guerra Serna en Antioquia”.

Posdata 3: Casi dos años después del asesinato de Jaramillo, el 3 de enero de 1992, Andrés Arturo Gutiérrez Maya, el sicario que lo acribilló, aparecería asesinado junto a su padre, Fabio de Jesús Gutiérrez Santamaría, de 48 años, en la cajuela de un Mazda 323 rojo, de placas LI 3512, abandonado en la calle 16A sur con diagonal 47A, en el sector Santa María de Los Angeles, del barrio El Poblado de Medellín.

Posdata 4: ¿Quién mató a Jaramillo? Aunque en octubre de 2014 la Fiscalía lo consideró crimen de lesa humanidad y la investigación quedó a cargo de su Unidad de Análisis y Contexto, el magnicidio de Jaramillo sigue impune: “La decisión de la Fiscalía de declarar como delitos de lesa humanidad los crímenes contra los miembros de la UP dejó al descubierto la alianza criminal que por más de 10 años se gestó entre las altas esferas de la sociedad, los sectores políticos y los militares para impedir el ascenso de un movimiento de izquierda que surgió como política al conflicto que se vivía en Colombia”, escribiría *El Espectador* el 20 de octubre de 2014.

El 26 de abril de 1990, sería asesinado Carlos Pizarro Leongómez, cuando contaba 38 años. Ese jueves estaba previsto que Pizarro viajara a Barranquilla, donde iniciaría su campaña presidencial por la región Caribe, en el primer vuelo del día, el de las 6:15 a. m. Sin embargo, una llamada anónima a la sede del M-19, realizada la tarde del miércoles, alertaría sobre un posible atentado a cometerse la mañana siguiente en el aeropuerto El Dorado, razón por la cual el jefe de seguridad de Pizarro movería las reservas para el segundo vuelo del jueves, el de las 9:15 a. m. Esas tres horas de más en Bogotá le permitirían a Pizarro conceder una larga entrevista para “6 AM - 9 AM”, de Caracol Radio, en la que, entre otras cosas, saldría al aire una de sus trun-cadas frases para la posteridad: “Soy el peor comunista del país, por eso nunca lo fui. Soy bolivariano y no me canso de pensar en la forma de derrotar a los gamonales que derrotaron a Bolívar y que todavía están mandando”.

Mientras se desarrollaba la entrevista, Gerardo Gutiérrez Uribe, alias Jerry, el sicario de turno, arribaría al Dorado así, según la edición 417 de *Semana*: “Sin despertar mayores sospechas al comienzo. Vestido con un suéter de lana, pantalones de tela delgada y zapatos nuevos de cuero, pasó por el mostrador de Avianca y no registró equipaje. Llevaba con él una bolsa de mano con una muda que incluía un pantalón de cuero. Acto seguido entró a una de las librerías del segundo piso, compró unas revistas y pasó por la puerta de pasajeros rumbo a la sala de espera número tres”.

Cuando había dejado atrás el puesto de control del muelle nacional, y los relojes estaban a punto de marcar las nueve, a alias Jerry se le caería al piso una de las revistas. Un policía la recogería con el afán de entregársela, pero alias Jerry negaría que fuera de él. No bien se sentó en la sala de espera a pasar los ojos por el resto de revistas, otro policía, extrañado por lo que había visto, se acercaría y le pediría que le mostrara los documentos de identificación: como si se tratara de su alter ego kamikaze, alias Jerry presentaría una cédula falsa a nombre de Alvaro Rodríguez Meneses, cédula que, lógicamente, carecía de antecedentes penales.

Con el objeto de evitar contratiempos en la sala de espera, los escoltas de Pizarro se las arreglarían para retrasar el vuelo y llegar lo más tarde posible al Dorado. Cuando por fin abordaron el avión, un Boeing 727-100, HK-1400 de Avianca, por la escalerilla trasera, ya todos los pasajeros estaban en sus sillas, incluido alias Jerry, que ocupaba la 5C. El reloj marcaba las 9:37 a. m. Aunque Pizarro originalmente viajaría en la zona intermedia del avión, por recomendación de su jefe de escoltas y del piloto de la nave, sería reubicado en la parte trasera, en la silla 23C, junto a la ventanilla, rodeado por sus catorce guardaespaldas, nueve del DAS y cinco del M-19. Durante el decolaje Pizarro leería *El Tiempo*, cuya portada se la robaba la explosión de un nuevo carro bomba en Medellín, con saldo de nueve muertos y 56 heridos de gravedad, periódico que al día siguiente abriría con otro titular lucrativo: “Cae Pizarro: la pesadilla se repite”, seguido por esta entrada: “Es el tercer candidato presidencial asesinado en el país en ocho meses”.

A los ocho minutos de vuelo, a más de quince mil pies de altura, en tanto se apagaba la luz que ordenaba mantener los cinturones de seguridad ajustados, un hombre que venía desde la parte delantera del avión seguiría de largo por la fila 23 camino al baño. Los ojos entrenados de los escoltas comprobarían

que no estaba armado. Era alias Jerry, quien, luego de estar dos minutos en el baño, saldría, avanzaría un par de pasos y le descargaría quince tiros calibre 9 milímetros de su ametralladora Mini Ingram a Pizarro, de los cuales trece darían en el blanco, en la cabeza, cuello y manos del líder del M-19: “Carlos Pizarro no alcanzó a darse cuenta de nada. Con las manos sobre las piernas y sangrando por la boca, nariz y oídos, quedó con la cabeza recostada sobre su pecho. Respiraba con dificultad. Uno de los guardaespaldas que se tiró a auxiliarlo captó la gravedad del momento: ¡Nos lo mataron!, exclamó”.

Alias Jerry, por su parte, sería dado de baja al instante, de un tiro en la frente proveniente de una pistola Beretta 9 milímetros, accionada por el jefe de escoltas, que viajaba al lado de Pizarro. Un médico recién graduado, el único en aquel vuelo, confirmaría la citada exclamación del escolta, esto es, ¡Nos lo mataron!, mediante este lugar común fatal: “No hay nada que hacer”. El avión aterrizaría cinco minutos después, a punto de despresurizarse por una bala que había impactado en la ventanilla del 23C, resquebrajándola, y un Pizarro moribundo sería trasladado de urgencia a la Caja Nacional de Previsión, donde moriría a las 11:10 a. m., cuando afuera una multitud de seguidores revivía uno de los viejos lemas del M-19: ¡Con el pueblo, con las armas, al poder! ¡Con el pueblo, con las armas, al poder! ¡Con el pueblo, con las armas, al poder!...

El parte médico diría lo siguiente: “Lo recibimos en estado pre mortem, con tres balas en el cráneo, una de las cuales le hizo explotar el globo ocular izquierdo, otra en el malar, una en el hombro, dos en el cuello y cuatro en las manos. Las mortales fueron las que penetraron en el cráneo porque atravesaron de lado a lado la masa encefálica”.

Exactamente siete horas después de morir, a las 6:10 p. m., serían entregados los restos mortales de Pizarro, demorados por la larga necropsia debido a las graves lesiones y porque la familia había decidido donar el ojo ileso, el derecho. Los dirigentes del M-19 y los familiares querían que el pueblo velara a Pizarro en la Quinta de Bolívar, pero el gobierno solo les habilitaría el Capitolio Nacional: “Ese no es un lugar digno para Pizarro, dijeron”.

El féretro de Pizarro sería llevado en hombros hasta la calle 26, “seguido por una multitud que fue creciendo con la noche”. A la altura de la Registraduría Nacional, sin embargo, la marcha fúnebre se detendría por más de media hora, ya que el alcalde de Bogotá no quería dejarla seguir por la 26. Y sería precisamente allí, en medio de la espera y de los pañuelos blancos que se agitaban desde las ventanas de las edificaciones, que la multitud improvisaría la frase que, cuatro días después, titularía la portada de la edición especial de *Cromos*: “Por ti Colombia, cumplí y me mataron”. La repetirían una y otra vez: “La gritaban estudiantes de la mano en alto, la decían marchantes de la plaza de mercado. Con la vista fija en una vela encendida, la decía un hombre descalzo y con harapos que lloraba junto a un cartonero. La pronunciaban mujeres y hombres muy bien vestidos que seguían la marcha desde su carro”. ¡Por ti Colombia, cumplí y me mataron! ¡Por ti Colombia, cumplí y me mataron! ¡Por ti Colombia, cumplí y me mataron!...

Finalmente, hacia la medianoche, “el ataúd sería depositado en el Capitolio, a los pies de la estatua de Tomás Cipriano de Mosquera. Donde sería abierto, y una vez más, el dolor reemplazaría a la esperanza”.

Posdata 1: ¿Quién fue el autor intelectual? Al igual que con el magnicidio

de Bernardo Jaramillo, ocurrido un mes antes, aunque la autoría intelectual de la muerte de Pizarro, en llamada anónima a Caracol Radio, se la adjudicaría Fidel Castaño, el gobierno colombiano culpaba a Pablo Escobar de los hechos, quien, como en el primer caso, en un comunicado autentificado con su huella digital, diría que nada tenía que ver, y menos con una víctima que estaba en contra de la extradición y a favor del diálogo. Pablo Escobar le atribuiría el asesinato “a una conspiración desestabilizadora de los generales Maza Márquez, Gómez Padilla, Casadiego y Peláez”. Curiosamente, siguiendo una línea conspirativa que se aleja de la impunidad, en la actualidad la Fiscalía investiga “la existencia de un aparato organizado de poder que planeó y ejecutó el crimen”, en el que estarían involucrados tres altos funcionarios del DAS de aquel entonces: Manuel Antonio González Enríquez, Flavio Trujillo Valencia y el referido Miguel Alfredo Maza Márquez... En 2010, el crimen sería declarado delito de lesa humanidad, y por él está bajo medida de aseguramiento Jaime Ernesto Gómez Muñoz, el exagente del DAS que dio de baja a alias Jerry, acusado de haberlo matado para silenciarlo.

Posdata 2: Tanto el sicario que asesinó a Bernardo Jaramillo como el que lo hizo con Pizarro vestían ropas nuevas y zapatos de la misma marca a la hora de disparar. Además, posteriormente saldría a la luz que ambos habían trabajado en el mismo sitio, en una fábrica de tiza para billar: “Lo que permite pensar que los dos sicarios suicidas fueron reclutados por la misma persona y muy posiblemente siguiendo órdenes de un mismo jefe”.

Posdata 3: Desde la orilla ideológica opuesta, así despediría Álvaro Gómez Hurtado, último secuestrado del M-19 antes de la dejación de armas, a Pizarro: “Yo creí en su sinceridad. Transitó por un largo camino hasta llegar a su reconciliación legal con el orden jurídico. Fue un esfuerzo meritorio que en todo momento presentaba riesgos. Era un valiente. Supo darle sentido a su nueva vida y adoptó un estilo de proselitismo realmente cautivante”.

Posdata 4: “Entre todos cambiáremos la historia de Colombia. ¡Palabra que sí!”, era el lema de campaña de Pizarro, quien sería enterrado en el Cementerio Central el 28 de abril de 1990, exactamente cincuenta días después de haber entregado las armas. ☺



**Universidad[®] de Medellín**
Ciencia y Libertad

INSCRIPCIONES ABIERTAS

ESTE ES SOLO EL INICIO DEL RESTO DE TU VIDA



Escanea y descubre cómo comenzar a vivir tu futuro en nuestro #CampusVivo

Vigilada MinEduación

FACULTAD DE **DERECHO**

FACULTAD DE **CIENCIAS ECONÓMICAS Y ADMINISTRATIVAS**

FACULTAD DE **INGENIERÍAS**

FACULTAD DE **COMUNICACIÓN**

FACULTAD DE **CIENCIAS BÁSICAS**

FACULTAD DE **CIENCIAS SOCIALES Y HUMANAS**

FACULTAD DE **DISEÑO**

26 PREGRADOS

61 POSGRADOS

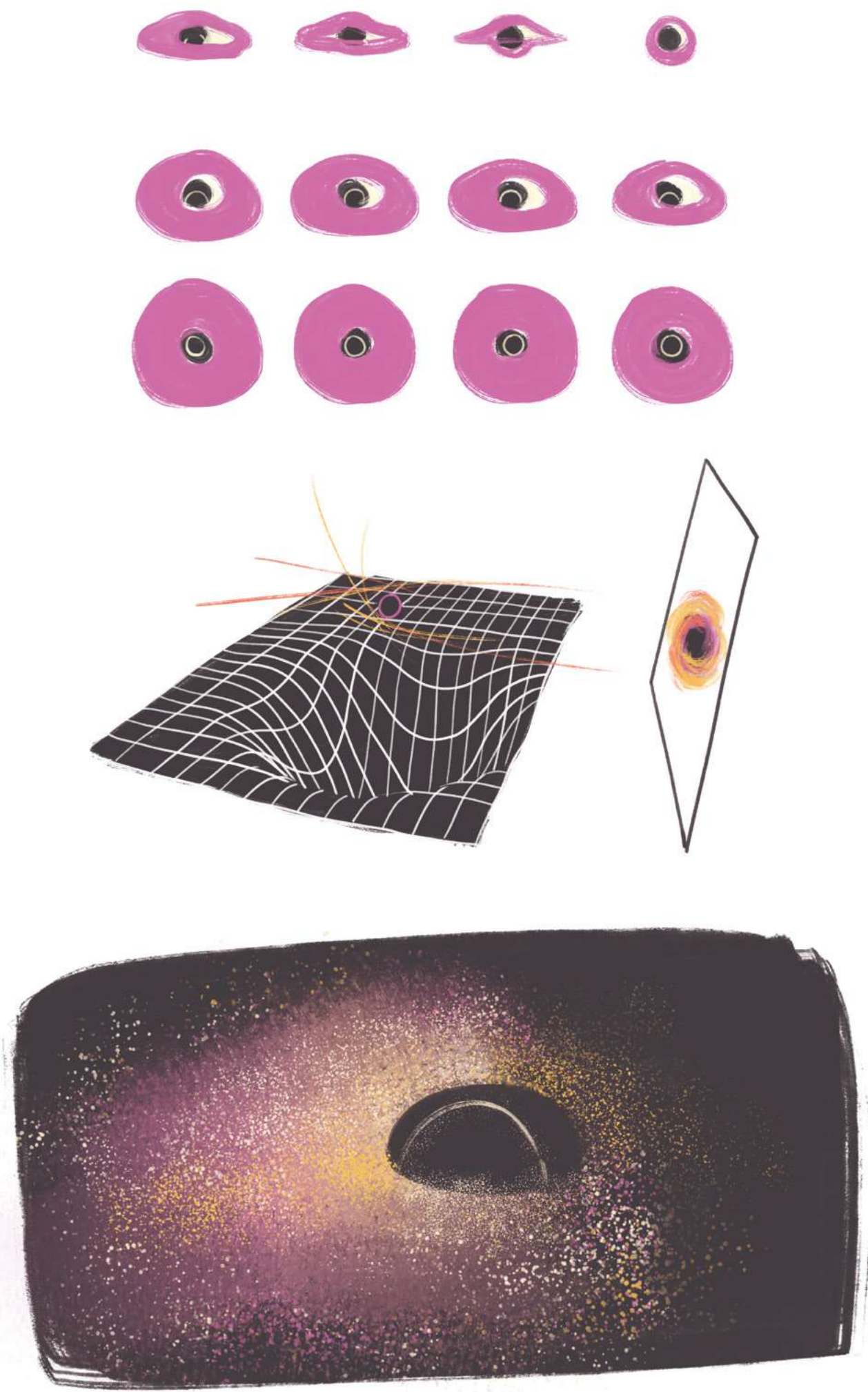
Modalidad presencial asistida por tecnologías

www.udemedellin.edu.co |   Universidad de Medellín  UdeMedellin  UdeMedellin_

Un poco de luz en lo más negro, la levedad humana sobre lo más denso, sus espejos y sus fórmulas y sus máquinas encima de los más grandes enigmas. Cuando hablamos de los agujeros negros se trata sobre todo de sondear nuestra ignorancia.

El extraño encanto de lo inútil

por GUILLERMO CARDONA • Ilustración de Laura Ospina Montoya



El 5 de mayo pasado la humanidad pudo contemplar por primera vez una auténtica primicia cósmica, una imagen bastante fiel de cómo puede lucir el agujero negro Sagitario A, ese “gigante gentil” que ocupa el centro de la Vía Láctea, la galaxia en cuyo vecindario se encuentra nuestra estrella local y el pequeño planeta donde habitamos. Una noticia que se regó como pólvora en medios de comunicación y redes sociales.

Con un diámetro de sesenta millones de kilómetros (poco más o menos la órbita de Mercurio), se estima que Sagitario A tiene una masa equivalente a cuatro millones de veces la de nuestro Sol, aunque no se puede saber a ciencia cierta cuál pueda ser el tamaño real de esa estrella oscura (en cualquier caso lo que se multiplica es la densidad, no el volumen), puesto que lo que vemos es apenas la boca insaciable del agujero, la sombra que delimita el llamado *horizonte de sucesos* por donde se desliza la materia circundante hacia ese objeto que se escapa a toda comprensión y del cual solo sabemos que es tal su poder gravitacional que nada escapa de su interior, ni siquiera la luz.

Sin embargo, nuestro agujero negro, a escasos 27 000 años luz de distancia, resulta casi inofensivo al lado, por ejemplo, del que se encuentra en el centro de la galaxia Messier 87, 55 millones de años luz de la Tierra en la constelación de Virgo, con una masa equivalente a siete mil millones de soles y un diámetro de cuarenta mil millones de kilómetros, cuya imagen se conoció en 2019.

Lo que vemos en ambas imágenes (la de Sagitario A y Messier 87) es el resultado del trabajo de unos trescientos investigadores de ochenta institutos en todo el mundo, reunidos en el proyecto Telescopio Horizonte de Sucesos (ETH por sus siglas en inglés), cuyas observaciones para Sagitario A se realizaron durante varias noches en 2017. Gracias a la utilización de ocho radio observatorios existentes en todo el planeta, lograron formar “un solo telescopio virtual” del tamaño de la Tierra. En esta maratón ininterrumpida de observaciones se almacenaron cientos de miles de *gigabytes* de información digital de rayos de luz, fuerzas gravitatorias, velocidades de desplazamiento de las estrellas más cercanas a esos monstruos devoradores de materia, entre otros datos valiosos y relevantes. Toda una proeza tecnológica, considerando que la más inmutable de las leyes del universo es que en el universo nada se queda quieto y más bien tiende a moverse a velocidades astronómicas.

Solo para comenzar, la Tierra gira alrededor de su eje a más de 1500 km/h, orbita alrededor del Sol a unos cien mil km/h, mientras que el Sol viaja alrededor de la Vía Láctea (y nosotros con él) a unos cómodos 792 mil km/h. Algo que obviamente dificulta mantener al objeto observado en un encuadre perfectamente quieto para su adecuada observación.

Durante cinco años se usaron supercomputadoras para combinar y analizar todos los datos obtenidos, compilando al mismo tiempo una biblioteca de agujeros negros simulados para compararlos con lo que encontraban en las observaciones. El resultado, una traducción gráfica de toda esta información para ilustrar cómo se verían estos conspicuos objetos cósmicos si pudiéramos avistarlos a través de un telescopio.

Es más lo que no sabemos

Pese al abundante cubrimiento noticioso, son muchas más las dudas que dejan un acontecimiento y una observación de este calibre. Y siempre quedan por explicar aspectos esenciales para una comprensión al menos aproximada de estos fenómenos celestes. Para tratar de adentrarnos en este intrincado asunto, conversamos con Jorge Iván Zuluaga, experto en astrofísica y profesor titular de Física y Astronomía de la Universidad de Antioquia, gran divulgador científico y recordado entre otras cosas por la reconstrucción de la órbita, la composición y la velocidad del meteorito que cayó en la región rusa de Cheliábinsk en 2013, a partir de fotografías y videos grabados por ciudadanos comunes y corrientes y compartidos por Facebook y YouTube (ver el número 43 de *Universo Centro*).

Sobre las imágenes de Messier 87 y Sagitario A, el profesor Zuluaga afirma que “lo más parecido que se me ocurre en comparación es una ecografía que, sin ser una foto, nos permite distinguir lo que ocurre en el vientre materno, pero a partir de ondas de sonido que van y vuelven del aparato al objeto observado, para darnos una idea de la forma y el tamaño del feto y que nos permite apreciar ciertos detalles del cuerpo y hasta el sexo del bebé”. Con relación a la masa de Sagitario A (que permanece invisible), el profesor Zuluaga asegura que es relativamente fácil de calcular, detectando la masa de las estrellas que orbitan el agujero negro y su velocidad, de donde se puede deducir la fuerza gravitacional del agujero y, en consecuencia, la cantidad de materia que alberga.

El extraño encanto de lo inútil

Sobre las consecuencias que se puedan derivar de esta hazaña científica, el profesor Zuluaga afirma que “cuando los humanos fuimos a la Luna eso no tenía ninguna intención práctica. No fuimos a construir algo, no sé, un observatorio por allá, ni era con la intención de explotar minerales o establecer un campamento. Realmente era algo completamente inútil. Lo que pasó, fue que esa demostración tecnológica sirvió para muchas cosas. Por ejemplo, multiplicó las vocaciones científicas. Hay una generación completa de niños y niñas de los Estados Unidos que se volvieron científicos e ingenieros y fueron ellos los que le dieron forma al mundo moderno”. Y eso ocurrió en el MIT como en muchos otros centros de formación científica de Europa, Rusia y China.

De ese viaje se derivaron además grandes avances en computación y en aeronáutica. Hoy viajamos con toda comodidad y precisión en un Boeing 787 y ni cuenta nos damos de que toda esa tecnología proviene de lo aprendido en los viajes de las naves Apolo, la décimo-primer de las cuales completó el viaje a nuestro satélite. Nuestra estrella cuántica

Lo que está bastante claro en cuanto a Sagitario A es que no alcanzamos a ver nada y lo que se apreciaba es el contorno del agujero, un nombre que al profesor Zuluaga no le cuadra mucho. “Vemos es el tamaño de la frontera, esférica, pero dentro hay algo, no se sabe qué, pero necesariamente es un objeto celeste, con masa. Por eso no es muy preciso el término agujero negro, porque no estamos hablando de un hueco, sino de un objeto real. Yo prefiero llamarlo estrella cuántica”.

Según Zuluaga, es una mínima concesión que debemos hacer a estos singulares objetos, pues así como tenemos estrellas de neutrones, enanas blancas y amarillas, también debemos darles la misma categoría a estos mal llamados agujeros porque son en efecto colosales supernovas que colapsaron, se opacaron y comprimieron y pueden guardar, entre muchos otros, el secreto de la cuantización de la gravedad, del espacio y el tiempo.

Porque es obvio también que no sabemos lo que ocurre adentro, pero eso no quiere decir que no ocurra nada.

Desenmarañando el enredo de la cuantización

“Hay un problema en la física y es que todo en la naturaleza parece ser cuántico —afirma el profesor Zuluaga—. Tomemos una manzana. Usted la puede partir a la mitad y esa mitad a la mitad y seguir así, y siempre llegará un momento en el cual se tiene un pedacito de manzana, una molécula de manzana pero que, al dividirla, ya deja de ser manzana. Lo mismo ocurre con la luz. Usted tiene una fuente de luz, le baja la energía a la mitad, y tenemos la mitad de luz, pero si se sigue disminuyendo la mitad de la energía invertida, llega un momento en que de súbito ya no hay luz y todo es oscuridad”.

Esa es la cuantización de la luz y, en general, si hacemos el mismo experimento con cualquier otro objeto, el resultado sigue siendo cuántico. Vale decir, nuestro objeto de investigación deja de ser lo que era en algún momento determinado cuando avanzamos en su partición.

“Todo es cuántico, excepto el espacio y el tiempo —aclara el profesor Zuluaga—. Por ejemplo, estamos en una habitación, podemos imaginar un punto en el centro y desde ese punto reducir el espacio a la mitad y luego otra vez a la mitad, y así, una y otra vez, y siempre tendremos así sea un pedacito de habitación. Resulta entonces absolutamente imposible considerar que disminuyendo el tamaño del espacio, dividiéndolo a la mitad, pues deje de ser espacio. Por pequeño que sea, sigue siendo espacio”.

Lo mismo pasa con el tiempo. “Ya que estamos grabando la entrevista —afirma—, podríamos tomarle el tiempo y escoger la mitad de la conversación, y luego la mitad de la mitad y así, hasta el infinito. Pero por más que nos vayamos a la mitad de la mitad, es imposible que existan dos instantes de tiempo de entrevista entre los cuales no haya tiempo”.

“Este problema —nos revela el astrofísico con la esperanza de que alcancemos a captar algo— se llama la cuantización de la gravedad, que es en esencia, un *continuum* de espacio/tiempo curvo”.

“Lo que creemos la mayoría de los físicos, es que si todo en el universo es

cuantizable, el espacio y el tiempo deberían serlo también. Es decir, en el tiempo, por ejemplo, deberá existir un punto o un momento donde el tiempo (como la luz y la manzana) simplemente deje de existir y los agujeros negros, por sus descomunales fuerzas gravitacionales, podrían guardar las claves de esa cuantización. Y una manera de descubrirlo, es encontrar una manera de entrar a esos agujeros y mirar qué pasa, así sea con datos de segunda, indirectos”.

Algo que por lo pronto es solo un sueño. Y concluye: “Mejor hablemos de eso en unos cincuenta años”.

Todo lo que tiene un comienzo tiene un fin

En teoría, para el profesor Zuluaga, necesariamente estos artefactos term nucleares deberán llegar a un fin y mediante algún evento catastrófico dejar de ser lo que eran, como si se tratara de una cuantización a la inversa.

“En efecto, llegará el momento en que estos agujeros tienen que desaparecer, pero necesitan mucho tiempo, aun en medidas estelares, algo así, en número de años, como un 1 seguido de 140 ceros. La edad del universo se puede describir como un 1 seguido de once ceros. Es decir, técnicamente, para todos los propósitos, eso equivale al infinito. Pero que explotan, explotan”.

Einstein sigue teniendo la razón

Otro aspecto a destacar del análisis de Sagitario A es que corrobora una vez más la Teoría de la Relatividad General, planteada por Einstein hace más de un siglo, cuando no existían ni la tecnología, ni los equipos de científicos, ni el presupuesto para emprender este tipo de hazañas.

El profesor Jorge Iván Zuluaga destaca las profundas implicaciones filosóficas, para la epistemología y la teoría del conocimiento de esta demostración de habilidad y conocimientos.

“Galileo definió las bases del método científico a partir de observaciones y experimentos y a partir de esas observaciones y experimentos, comenzar a formular modelos matemáticos”. Gracias a esa pequeña insinuación que muchos otros le copiaron hoy tenemos vacunas, viajes espaciales, tratamientos para el cáncer, computadores y celulares.

“Eso es un indicio de que el universo es *racionalizable*. A Einstein siempre lo sorprendió eso, cómo es que para explicar la totalidad del cosmos podamos aplicar un esquema matemático, con leyes que se cumplen en cualquier galaxia, en cualquier estrella, en cualquier planeta”.

Cuando a los científicos no les hacen caso

Poco antes de la revelación de Sagitario A y todo su despliegue mediático se realizó una protesta llamada la Rebelión de los científicos, en la que cientos de expertos dedicaron toda una semana del mes de abril para realizar actos de desobediencia civil no-violenta en más de veinte países del mundo y alertar sobre el futuro de la humanidad si el calentamiento continúa aumentando como lo viene haciendo en los últimos años. Algunos de esos científicos terminaron detenidos y ni así lograron la atención de los agentes políticos y la opinión pública.

Esta Rebelión fue una suerte de reacción a la publicación del informe del Panel Intergubernamental de Cambio Climático (IPCC), en el que los científicos advierten que el trabajo que están haciendo los países para mitigar el cambio climático y reducir las

emisiones de carbono ha sido insuficiente, por lo que el calentamiento global podría alcanzar los 3,2 grados centígrados en 2100, algo que, en pocas palabras, significa que si en once años no le bajamos el acelerador a las emisiones, el daño será simplemente irreversible.

Para el profesor Zuluaga, la evidencia científica es demasiado sólida y la naturaleza, incluyendo el clima, se rige por unas reglas matemáticas y eso es algo que se ha demostrado una y otra vez, no es un cuento chino ni una invención de los científicos.

Asegura también que los dinosaurios se extinguieron porque no tenían programa espacial. Y de pronto la humanidad podría desaparecer por no pararle bolas a sus estaciones meteorológicas.

“Y le tengo un dato fiño. El nombre calentamiento global está incompleto, le falta una parte, porque de lo que realmente se trata es de calentamiento global y humedecimiento tropical. Eso es lo que estamos viviendo. A medida que el Ecuador se humedece, las regiones del norte y el sur se van a secar. Entonces estos fríos y estas lluvias que estamos padeciendo por estos días en Colombia, son parte de ese mismo fenómeno”.

Y son quizá la antesala de una catástrofe que podría implicar la desaparición no solo de nuestra especie sino de toda forma de vida en nuestro planeta, que será engullido por el agujero negro de nuestra indiferencia. Y, no sobra agregar, ya no habría ocasión de recoger la cosecha de todo lo que podríamos aprender de esos mismos agujeros (según los cálculos del profesor Zuluaga), en unos cincuenta años. ☹



Lección de anatomía del Dr. Willem van der Meer, Pieter van Mierevelt y Michiel Jansz. 1617.

TERAPIAS DE CAVERNA

por ÓSCAR MARÍN

Vi la película *Boy erased*. Logré verla pero tengo que confesar que tuve que hacer varias pausas. El horror que vi, la tortura que vi, la necesidad frenética de todos por borrar la identidad de un chigo gay, hijo de un pastor, me hacía sentir sin aire, solo, abusado, melancólico. Fue una mezcla de sentimientos que no podía controlar, se parecen mucho a la que siento mientras escribo estas líneas. Fue la primera vez que intenté hacer conciencia de lo que pasé al acudir a “terapias de conversión” para abandonar la homosexualidad. Fue la primera vez, luego de muchos años, que me detuve un poco a pensar, en qué momento y cómo tomé esa decisión equivocada.

Luego de un rompimiento —la tusa lleva a cometer errores— empecé mi regreso a una iglesia evangélica. Ya lo había hecho en la adolescencia. Estuve allí unos meses, disfrutando lo que en ese momento era un bálsamo que aliviaba el dolor. Un día el pastor se acercó

a decirme que habláramos. Apartamos un espacio de consejería y asistí a ella. Subimos al segundo piso, nos sentamos en sillas Rimax, uno frente al otro en un salón amplio y polvoriento. Me dijo que había tenido una revelación de Dios, que él le había hablado de mi homosexualidad... Rompí en llanto, estaba allí, expuesto, con un secreto a voces, atento a lo que Dios podría decir frente a esto que experimentaba. Me dijo que si quería cambiar había una posibilidad a través de un grupo de personas que hacían cursos especiales para abandonar este pecado que el faro moral del conservatismo, Roberto Gerlein, llamó sucio y excremental.

Dije que sí a la invitación. Lo que escuché entre 1996 y 1999, primer período de asistencia a esa iglesia, lo que decía la sociedad y mi madre cuando le conté que era marica, me hacían concluir que esto era una enfermedad que se había enquistado en mi cuerpo y que debía ser removida para por fin ser feliz y sentirme pleno.

El pastor hizo una cita con el líder del grupo y nos reunimos en un lugar en el Centro, cerca del Parque del Periodista. Era una oficina en la que escasamente cabíamos los tres, un poco desordenada, con papeles por todos lados y un poco fría. Conté por lo que pasaba, me escucharon de manera atenta. Luego escuché lo que decía el hombre, había abandonado la homosexualidad hacía ya varios años y se sentía a gusto cumpliendo con el mandato de Dios por ser y sentirse heterosexual. Me convenció lo que dijo.

Vi en esta experiencia la posibilidad de dejar un pecado que seguramente me llevaría a la condenación eterna. Creí que tomaba la decisión de manera libre, convencido de que lo correcto era enamorarme de una mujer, casarme con ella y tener hijos: “Por tanto el hombre dejará a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y serán una sola carne” (Gén. 2:24).

Me anoté al curso, no tenía dinero para pagarlo, pero la iglesia se encargó de ello. De ahí en adelante pasaron

muchas cosas, vergonzosas según la mirada que hoy tengo, pero correctas para mi asustada visión a los veinticuatro años. Me dijeron que era culpa mía, que debía renunciar a las veces que me uní sexualmente con otros hombres: tuve que decir sus nombres, pedirles perdón y romper ataduras que los encuentros generaron. Todo ello de manera simbólica, delante de otras personas, lo cual atentaba contra la intimidad. Me sentía en la caverna de Platón, una en la que, atado a pies y manos, solo puedo ver un muro en el que se refleja la única verdad posible de ver, sentir el único miedo posible, escuchar las voces autorizadas que te medican, buscando la sanidad de la enfermedad. Una caverna que me inmovilizaba, que me impedía ser.

Intenté elaborar un árbol genealógico de pecados en mi familia para identificar las suciedades que había heredado. Decían que debía romper con esas herencias, pues ellas habían logrado llegar hasta mí en forma de homosexualidad y por ello estaba enfermo.

Le echaron la culpa a la falta de un padre, una figura masculina que me enseñara de alguna forma a ser un hombre de verdad, y no el remedo que era en ese momento. Culpabilizaron a mi madre por no darme los cuidados necesarios, o por sobrepasarse en ellos y quizás haber logrado feminizarme.

La culpa siempre estuvo presente, propia, por las decisiones que tomé y las veces que me acerqué a otras personas con este pecado infectocontagioso, o la culpa de alguien más, alguien más que me empujó, que me abusó, que me mintió, que me malcrió. Era, como relata Rafael Cadenas en su poema *Mi pequeño gimnasio*, la culpa como apuesta constante por ejercitarme para “hacer de mí un hombre racional, que viva con precisión y burle los laberintos”. Un hombre de verdad, sin miedo, capaz de apropiarse de la rudeza y abandonar lo pecaminoso. Unos ejercicios que “en clave, persiguen mi transformación en Hombre Número Tal”, sin identidad propia, sino la dada por el deber ser heteronormativo. Dejando por tanto “de ser absurdo”.

Buscamos posibles abusos infantiles, relaciones con la meditación, con haberme hecho leer las cartas o el cigarrillo alguna vez, con hacerme leer el horóscopo de Salomón, el teléfono sabio de *El Colombiano*. Quizás abrió alguna puerta la lectura de la clara del huevo que le hacían sagradamente cada primero de enero a mi mamá, en la búsqueda casi frenética de un futuro mejor, uno que ninguno en la familia esperaba atado al miedo, al terror que producía saberse condenado eternamente al infierno, sufriendo más de lo que ya habíamos sufrido por años, viviendo en Lovaina, sin casa propia, sin empleo digno, sin educación de calidad...

Todo era absurdo, pero no me daba por enterado. Los amigos me lo decían, pero dejé de escucharlos por recomendación de mis “tutores”, pues ellos podrían contaminarme y hacerme caer de nuevo en esta enfermedad terminal para el alma. Era como matarlos cuando en esa caverna me invitaban a abrir los ojos, a mirar hacia otro lugar, a ascender a la luz.

Como sociedad hemos construido una forma correcta de ver el mundo, de construir relaciones. La heterosexualidad ha sido una de esas construcciones que hemos considerado correctas, el deber ser. Entiendo la heterosexualidad a partir de los aportes de Adrienne Rich y de la francesa Monique Wittig, quienes señalaron que es una institución y un régimen político que atraviesa las relaciones sociales, y que afecta la vida de las personas, pero en mayor proporción la de los cuerpos feminizados: cuerpos de mujeres cisgénero, de mujeres trans, de mujeres lesbianas y de hombres homosexuales (sean o no afeminados). La heterosexualidad como el deber ser, como lo correcto, como la forma establecida para relacionarse y complementarse.

La heterosexualidad no es una simple práctica sexual dentro de una amplia gama, sino de una compleja y muy estructurada institución obligatoria, desde la propuesta de Rich, o un régimen político, desde lo que apunta Wittig. Ambas las viví, tenía que ser, ver, sentir, hablar y relacionarme como un heterosexual creíble, para evitar la condena eterna. Tenía que casarme con una mujer y tener hijos, porque era lo que esperaba la sociedad. Ambas situaciones para no ser visto como raro, como diferente, como enfermo y pecador. Debía ser y parecer.

El deber ser masculino-heterosexual representa el patrón culturalmente dominante y aceptado de ser hombre en nuestra cultura occidental: el mismo genera un patrón de otredades, a modo

de herramienta que permite visibilizar las desviaciones del ideal masculino. Genera alarmas para evidenciar a quienes se salen de la fila recta y definida.

Identificar las desviaciones, señalarlas, hacer que las personas se sientan culpables y a la vez enfermas es la estrategia de este tipo de grupos, sean o no religiosos. La manipulación mental, emocional y espiritual es la constante, no dejan una parte de las personas sin ser conquistada por el discurso de la heterosexualidad obligatoria. Cualquier resquicio cuenta para fortalecer el control que se ejerce sobre el cuerpo, los pensamientos, los deseos, las relaciones... Lo que veía en la televisión y lo que escuchaba en la radio era controlado, por el temor a que fuera contaminado.

Ninguna de las personas que aplicaban “terapia” tenía formación en psicología o psiquiatría, ninguno estaba en capacidad para contener una posible situación emocional que se saliera de control. Sabíamos orar, sabíamos cantar, sabíamos imponer las manos, sabíamos leer el manual y seguir paso a paso lo que allí se indicaba. Si un recuerdo o una confesión desencadenaba una inestabilidad emocional o mental no teníamos cómo afrontarla, más allá de creer que quizás era un demonio que se manifestaba.

Esos “médicos” de un dios implacable siguen intentando recetar salidas a lo que consideran una enfermedad..., el lugar cerca del Parque del Periodista sigue en pie, ellos siguen creyendo que sanan a las personas, les siguen mintiendo a gente de todas las edades, diciéndoles que la homosexualidad es un mal que debe ser borrado de sus cuerpos, de sus deseos. Siguen sometiendo a las personas a la vergüenza, a la ignominia.

Allí están, amparados en la libertad de culto, contraviniendo lo que reza la Constitución de 1991, que no solo reconoció a un país laico, sino que dejó claro que el derecho al libre desarrollo de la personalidad es fundamental y que no hay pie a negociaciones frente a este.

No pasó un día sin que me sintiera sucio, sin que me sintiera culpable y viera que fracasaba en ser lo que no podía ser. Sin embargo, me repetía constantemente, como un mantra que alejaría las tentaciones: “¿O no sabéis que los injustos no heredarán el reino de Dios? No os dejéis engañar: ni los inmorales, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los homosexuales, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los difamadores, ni los estafadores heredarán el reino de Dios” (1 Cor. 6:9-10).

Cuando deserté sentí mucho miedo, esperaba un rayo que fulminara este cuerpo pecador y contradictor de tantas voluntades, pero estaba seguro de la propia. Me alejé de lo religioso, de los discursos que señalan a las personas como no aptas para recibir lo que predicán como un regalo. No me interesa estar en lugares, ni hacer parte de discursos que vulneren la identidad de otros.

Quisiera decir sus nombres, los nombres de las organizaciones, las direcciones, pero para qué, para qué exponerlos al escarnio, para qué llevarlos a que sigan ejerciendo presión en las personas con mayor clandestinidad. Quiero soñar con que la posibilidad de libertad, de ser quienes queremos ser, confiar en que el proyecto de ley que radicó el representante a la Cámara Mauricio Toro surta trámite, se apruebe, se concilie y el próximo presidente lo sancione como ley. Así tendremos cómo castigar a quienes secuestran, torturan, borran y matan las identidades de género y las orientaciones sexuales de las personas. Solo así tendremos justicia quienes pasamos por esas prácticas aberrantes. ©

 **Marica Fest 2022**

Un festival por y para las maricas.
Todxs **bienvenidxs: familia, aliades, amigxs, mascotas.**

- MERCADILLO DE MARCAS DIVERSAS
- **FLASH TATTOOS** • CONSULTORIO JURÍDICO Y PSICOLÓGICO • **PRUEBAS DE VIH**
- ESTAMPACIÓN DE CAMISETAS
- **TALLERES** • CHARLAS • **COMIDA**
- PERFORMANCES • CINE
- **BALL ROOM** • SHOWS DRAG
- **MÚSICA EN VIVO.**

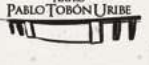
Junio 26 10 a.m. - 9 p.m.
Teatro Pablo Tobón Uribe

Entrada libre con aporte voluntario

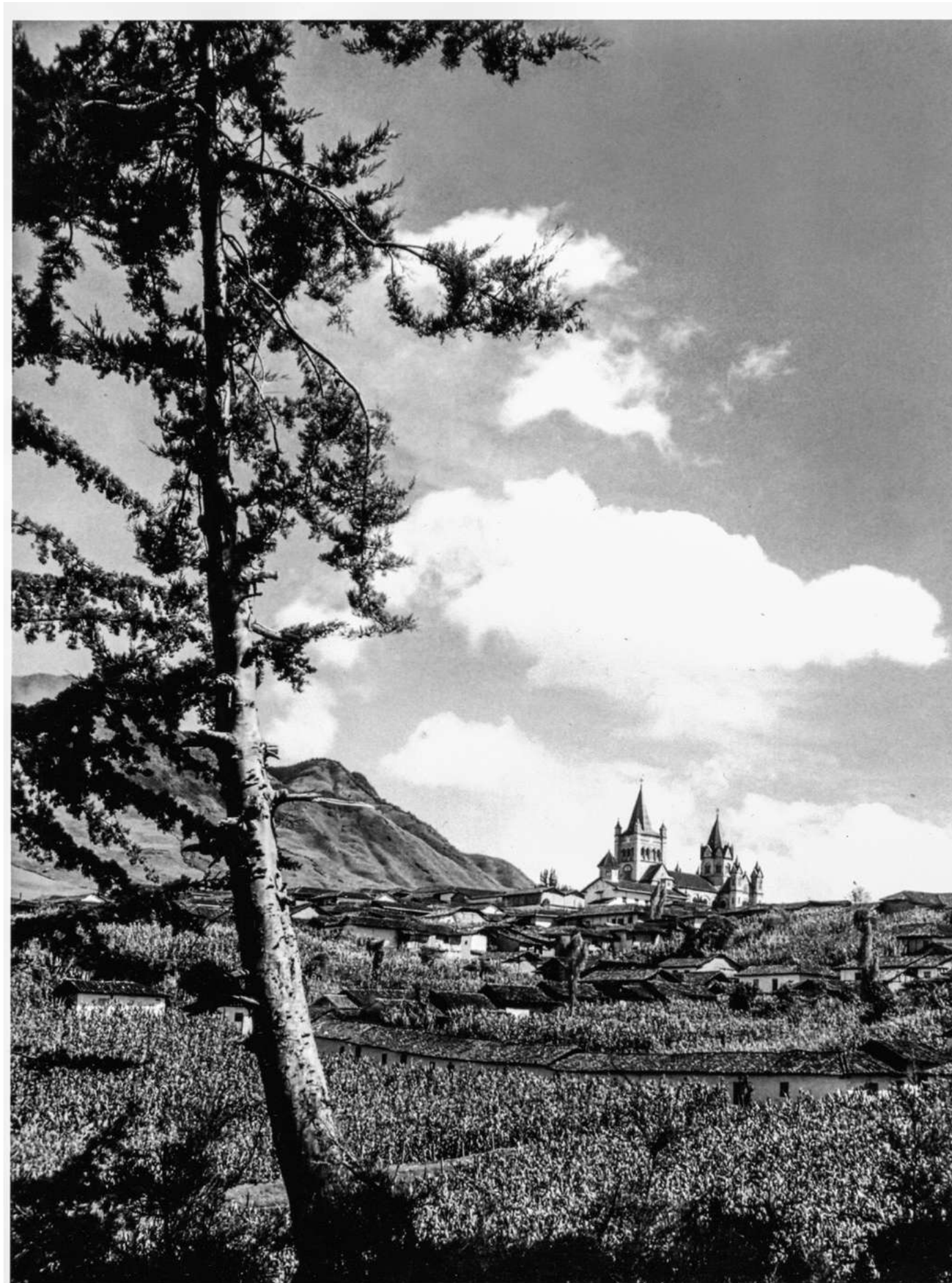
Presentado por: **Myth Drag Queen**
Música por: **DJ Nati Uribe**

Más información en Instagram:
@PLUMACOLECTIVO

Organiza:  Patrocina: 

Con el apoyo de:    

Pablo Guerrero, la mirada al viento



Sonsón, por Pablo Guerrero, s.f. Archivo fotográfico de la Biblioteca Pública Piloto.

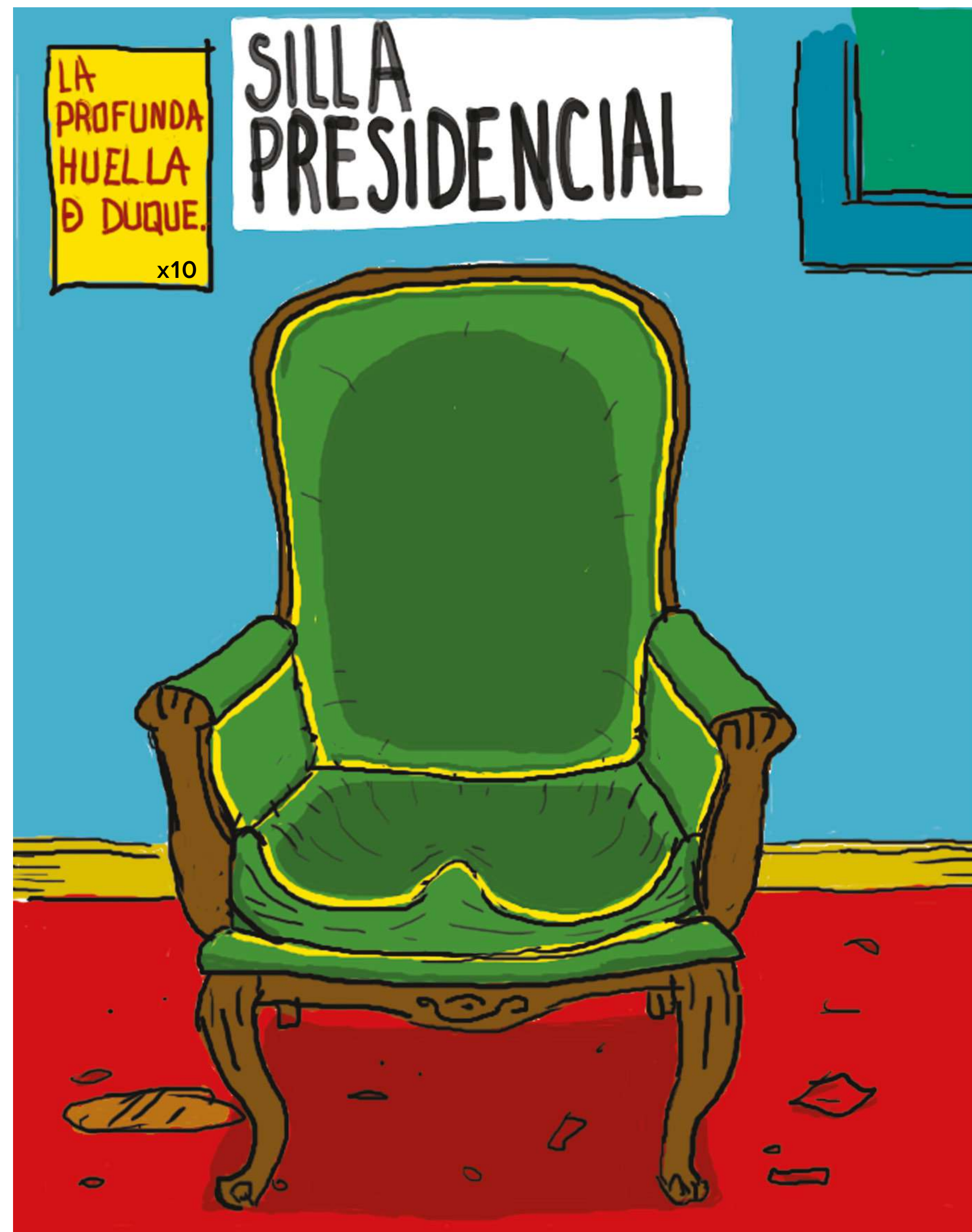
Un momento de efervescencia en la fotografía nos acercó a la magia de pueblos y veredas, nos mostró las vidas, labores y dificultades de la gente del campo. Eran los años sesenta y setenta: la masificación de la fotografía abarató las cámaras haciéndolas más portátiles y facilitando el revelado. Surgieron entonces fotógrafos como Nereo López, Viki Ospina, Abdú Eljaiek y Pablo Guerrero, quienes se conectaron con capas de la sociedad poco visibilizadas. En el caso de

Guerrero, en Antioquia, nos mostró con su lente la vida rural que hasta entonces habíamos ignorado. Pablo recorrió caminos, solo o acompañado, se encontró con extraños y a veces sintió miedo, sensación que espantaba con un gesto poderoso y simple: sacar la cámara y captar algo, una casona de tapia, una montaña entre los árboles, las formas de una persona o un paisaje, algo distinto, inusual o bello... Ser fotógrafo es responder a esos instintos, como lo

hizo él para convertirse en uno de los últimos grandes de la fotografía química en Antioquia, aquella fotografía en la que había que analizar el lugar, su luz y sus posibilidades, definir el lente, la velocidad, el diafragma y el ISO antes de obturar, y luego mantener ese cuidado al ingresar al cuarto oscuro, al exponer el papel y sumergirlo en cubetas con líquidos fijadores y reveladores. En su infancia, la primera vez que usó una cámara, durante un juego

de niños, uno le dejó mirar por el visor y Pablo quedó deslumbrado por el objeto y por las imágenes. Ya joven ahorró para comprarse una. Su primera cámara fue una Kodak Brownie Chiquita que solo tenía tres opciones: visor, botón para disparar y botón para avanzar el rollo, un aparato plástico lleno de magia que Pablo descubrió un poco a ciegas, como jugando, cometiendo errores y lleno de emociones. Al avanzar, fue incorporando aprendizajes, entendiendo la luz, sintiendo las imágenes, llegando más allá: no buscaba “tomar” fotos sino esquivar la realidad para encontrar algo honesto. Se acercó a personas y paisajes usando su Mamiya RB67 de formato medio, fabricada en Japón en los setenta, un diseño al que se le podían cambiar lentes y accesorios, con un sistema de enfoque y medición que Pablo usó con calma, con intención narrativa, acentuando formas, volúmenes, luces y sombras. “¿La cámara lo hace todo? No, reproduce lo que ve. Yo pienso, analizo, determino la composición, interpreto el sujeto, capto el ambiente, distribuyo o controlo la luz que da énfasis, valoro las sombras que acentúan las formas y volúmenes, capto el momento expresivo, denoto mi intención”. Así, siendo siempre fotógrafo, Pablo pasó a convertirse en artista.

Costumbrista o realista son simples etiquetas. Pablo captó esta región así como lo auténtico de sus gentes y tradiciones; también hizo trabajos para publicidad y moda, sobre la ciudad y sus industrias, pero amando sobre todo al campo, sintiendo “el frío, el sol que punza, la sombra que atempera, el camino que duele en los pies”, siempre mirando al viento, buscando a esta gente vecina de la niebla cuyo corazón sigue latiendo entre montañas, captando el fluir sinuoso del río Penderisco y la forma del valle en Urrea, el furor de la cosecha y el verdor de los samanes en el parque de Ciudad Bolívar, las callecitas empinadas en Santuario, los techos de teja y arcilla bajo montañas de vértigo en Sonsón, la sombra protectora bajo un sol rabioso en las veredas de Santa Fe de Antioquia; lugares que han cambiado, pero cuya esencia permanece en las historias de los abuelos, en las labores de jóvenes campesinos, en la ardua o heroica tarea de las mulas cargando café. Imágenes captadas con sensibilidad por Pablo Guerrero y de las cuales 38 000 están disponibles en la Biblioteca Pública Piloto, para que otras generaciones puedan intuir al menos un poco ese tiempo y esas vidas. ©





Una publicación de
cinéfagos.net

Revista de cine colombiano

 canaguaro.cinefagos.net

Volver a encontrarnos será

emocionante

Y más para celebrar en juntanza
los 50 años de este inventico llamado Confiar.



1972 2022

Celebraremos nuestra
conquista solidaria,
nuestra diferencia.
y sobre todo,
el orgullo de ser
gente de Confiar.

¡Allá nos vemos!

Jardín
Botánico **9 a.m.**

Si eres asociado o asociada,
descarga tu boleta
en nuestra página web.
Es indispensable para entrar

www.confiar.coop

www.bazardelaconfianza.com

confiar
coop